

# HEREDERO DEL PATRIMONIO CULTURAL

REVISTA DE LA DIRECCION DE BIBLIOTECAS,  
ARCHIVOS Y MUSEOS

Número 26 Año VII

Las Cuatro Estaciones

Edición Primavera de 2002 \$ 1.000



Claudio Bertoni, 1997.

**TOMÁS MOULIAN**  
**LA PEREZA EN EL YERNO**  
**DEL PRODUCTIVO MARX**

**NORBERT LECHNER**  
**¿PARA QUÉ**  
**QUEREMOS OCIO?**

**PABLO AZÓCAR**  
**ZAPATOS EN EL TECHO**

**ALEJANDRA ARAYA**  
**POR LA RAZÓN O LA FUERZA**

**PABLO OYARZÚN**  
**EL OCIO**

**CLAUDIO BERTONI**  
**FOTOGRAFÍAS Y POEMAS INÉDITOS**

**R. L. STEVENSON**  
**APOLOGÍA DE OCIOSOS**

**EN EL BAR CON**  
**PANCHO SAZO, JORGE COULON**  
**Y HUGO PIROVICH**  
**MARCELO MENDOZA**

# OCIO



# LA IMAGEN

Pasean por este número las fotografías de **Claudio Bertoni**. Se trata de imágenes inéditas que forman parte de su trabajo *Una mirada normal*, realizado entre los años 1990 y 1999 en Santiago, Valparaíso y Concón. Así, la gratuidad del gesto fotográfico acompaña el tema que nos ocupa. La foto de la derecha es una muestra.

## Cartas

### Valparaíso patrimonial

Somos suscriptores y atentos lectores de la excelente revista que usted edita. Le proponemos realizar un número con el tema «Valparaíso, una ciudad mágica». Ciertamente puede ser una valoración muy subjetiva. Pero lo que no es subjetivo es el hecho de que nuestro puerto es una «ciudad atípica». Con esta idea, los he querido introducir en mi propuesta. Me pregunto si les interesaría dedicar alguna próxima edición al proceso de postulación del casco histórico de Valparaíso como Patrimonio de la Humanidad, para reflexionar sobre lo que se postula, sobre lo que no, y sobre aquello que tiene dicho valor, independiente del éxito o no de dicha postulación.

Conozco acá a gente muy informada sobre otros temas que dicen relación con el patrimonio cultural, tangible e intangible, no siempre presente en las reflexiones sobre el tema en cuestión. En lo personal, me encuentro elaborando algunos *papers* sobre el patrimonio documental y bibliográfico que posee nuestra ciudad; y de ser factible, me encantaría colaborar con ustedes.

**Fernando Vergara Benítez,**  
Biblioteca Budge & Fondo Histórico Patrimonial,  
Universidad Católica de Valparaíso

### Comics

Me dirijo a Ud. porque pude apreciar la última publicación de **PATRIMONIO CULTURAL** correspondiente a la estación de invierno de este año referida a los 100 años del cine chileno. Y, entre otros, el artículo dedicado al primer dibujo animado nacional por la pluma de Jorge Montealegre me pareció más que interesante. Felicidades.

Quisiera plantearle el tema del *comics* nacional para sus futuros números, ya que este otro arte también ha cumplido su siglo de vida hace un par de años. Soy periodista de profesión y tengo una página web referida a aquella ([www.huemulin.cl](http://www.huemulin.cl)) sobre mi querida caricatura. He efectuado colaboraciones respecto a entrevistas a nuestros dibujantes nacionales. (Ver <http://www.imageandart.com/tutoriales/mampato/mampato.html>)

<http://www.imageandart.com/tutoriales/percy/percy.html>  
<http://www.imageandart.com/tutoriales/huemulin/huemulin.html>

Esperando sus comentarios. Cordialmente,

**Jaime Huerta,**  
Santiago

### Etnólogo Carvajal

Antes de ir al fondo de este correo, primero deseo expresar mi más grato confort al leer cualquier edición de la revista **PATRIMONIO CULTURAL**, que me ha dejado la más alta impresión en cuanto a la línea editorial y a sus contenidos. Me interesa saber si me puede contactar con el columnista Ramsés Carvajal (etnólogo), quien escribió en la edición de la primavera del 2001 un artículo sobre los yámanas del sur de Chile.

Verá: el motivo es que estoy realizando un trabajo de investigación étnica para la Universidad de Los Andes, y me sería de gran ayuda conversar con él acerca del tema, que el etnólogo Carvajal debe manejar mejor que yo. Con todo, si no es posible le agradezco de antemano. Y si es posible me estaría ayudando a difundir la escasa cultura étnica de nuestro país.

**Fernando Andrés Barros Aravena,**  
estudiante de Derecho de la Universidad de Los Andes,  
Santiago

### ¿Cien años?

Adquirí el número dedicado a los cien años de cine nacional. Sin embargo, pude apreciar que hay un artículo que -gran curiosidad- desmiente esta celebración, pues informa que el cine chileno habría comenzado antes. ¿El Ministerio de Educación no tiene acaso el poder y la información suficiente para dirimir cuántos son los años verdaderos de cine hecho en Chile?

**Juan Pablo Eluchans,**  
Temuco

### Cobre y llanto

Soy estudiante de tercero medio y la revista de ustedes dedicada al cobre nos sirvió para dedicarle varias clases al tema. Realmente buscamos otras bibliografías y no encontramos. El profesor de Ciencias Sociales nos dijo: todo el cobre chileno no está más que en una revista. Lo agradecemos. ¿O nos ponemos a llorar?

**Exequiel Banderas,**  
Talcahuano

**PATRIMONIO CULTURAL**  
Nº 26 (Año VII)  
Primavera de 2002

Revista estacional de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Ministerio de Educación de Chile

**Directora y representante legal**  
Clara Budnik Sinay

**Consejo editorial**  
José Bengoa, Clara Budnik, Ángel Cabeza, Georges Couffignol, Marta Cruz-Coke, Marta Lagos, Norbert Lechner, Alberto Madrid, Marcelo Mendoza, Jorge Montealegre, Pedro Pablo Zegers

**Comité editor**  
Gonzalo Catalán, Gloria Elgueta, Carolina Maillard, Marcelo Mendoza, Paula Palacios, Virginia Rioseco, Roxana Seguel

**Editor**  
Marcelo Mendoza Prado  
([mmendoza@oris.renib.cl](mailto:mmendoza@oris.renib.cl))

**Coordinadora de redacción**  
Virginia Rioseco Perry  
([vrioseco@oris.renib.cl](mailto:vrioseco@oris.renib.cl))

**Diseño**  
Ángel Spotorno Lagos

**Secretaria**  
Liliana Aguayo Alvarez

**Oficina**  
Alameda Bernardo O'Higgins 651  
(Biblioteca Nacional),  
Santiago de Chile

**Teléfonos**  
3605384 - 3605400  
Fax: 3605384

**E-mail**  
[bnrevist@oris.renib.cl](mailto:bnrevist@oris.renib.cl)

**Impresión**  
Litografía Valente  
(que sólo actúa como impresor)

**Página web**  
[www.patrimoniocultural.cl](http://www.patrimoniocultural.cl)

**Patrimonio Cultural** es una revista de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), institución del Estado de Chile dependiente del Ministerio de Educación. Se distribuye a todas las bibliotecas públicas y a centros dependientes y relacionados de la DIBAM, así como a instituciones académicas vinculadas a temáticas patrimoniales y de identidad.

**Patrimonio Cultural** se vende en kioscos y en algunas librerías, y está disponible a suscriptores (a un precio de \$ 4.000 por cuatro números), quienes podrán recibirla en sus domicilios.

Los números anteriores que no estén agotados pueden adquirirse en nuestra oficina, ubicada en la Biblioteca Nacional.

**Se agradece.** La elaboración de este número contó con el fundamental aporte de Martín Hopenhayn, Claudio Rolle y Norbert Lechner.



PABLO OYARZÚN

# EL OCIO

**E**n el dintel de la adolescencia, una vez que pasaron los empujes disparatados de la pueril hiperkinesia, bajo el efecto de alguna pena de amor y de uno que otro hallazgo y extravío, descubrí las virtudes de no hacer nada, de no tener nada que hacer. En ese mismo tiempo recibí la primera explicación acerca de la palabra "ocio" de labios de mi padre. Fatigado ya de tanto reclamarme por mi dejadez y de tanto ver el bulto de mi cuerpo lánguido arrellanado en un sofá, optó por la vieja táctica de fingir complicidad con el adversario, y me contó eso de "ocio y negocio", que "negocio" es negación del ocio, y que los antiguos, que habían inventado con las palabras ese juego, tenían a la holganza en alta estima, y tanto, que el ajeteo febril de la diaria labor recibía, en su nombre, la estampilla de lo negativo. Fue uno de sus tantos yerros, lo que demuestra que la táctica en cuestión suele tener resultados muy discutibles. Él, que tanto deseaba verme de albo delantal, premunido de estetoscopio, diapasón y martillito, me inspiró muy a su pesar, con ésa y con otras lecciones, la afición por los placeres estériles del pensamiento.

Arduas negociaciones me costó, no lo niego, encendidos alegatos, resistencias, porfías y mutismos, y transitorios artículos de paz que eran seguidos por la misma serie de incidencias, hasta que al fin prevaleció mi voluntad. Claro, he de confesar que así fue no sin que antes visitase los recintos y rigores de la ciencia, por breve lapso, que se convirtió en colapso cuando fui exhortado de manera por demás incivil a cercenar unos pescados y unas ratas, igual que hacían las compañeras y compañeros que poblaban aquel adusto laboratorio. Y se me concederá que era impropio distraerme de mi ocupación del momento, sentado como estaba, balanceándome al borde de un taburete mientras deslizaba mis ojos por las páginas iniciales de *Ser y tiempo*, de Heidegger.

La cosa es que llegué a puerto; diré, más bien, a una profusa y alborotada caleta de Macul, para emprender más formalmente mi iniciación en los arcanos de la filosofía. No hablaré de la especie ampliamente compartida de que la hora de este oficio es vespertina, y que poco tiene que ver con madrugar, no hablaré de los retozos en los anchos

jardines del Pedagógico, de las tertulias de café y de vino, de las asambleas que sustituían largamente la rutina de las clases, que eran todas formas de refrendar mi creencia de que la holganza tenía en la filosofía su espacio más genuino y esencial. Evocaré sólo que pronto hallé un respaldo teórico para esta opinión. El gran Aristóteles tiene una observación, casi al comienzo de su *Metafísica*, que a la justipreciación de la ciencia que no se cultiva por otro fin que no sea el mero saber, el amor del conocimiento, une un sabroso comentario histórico condimentado con una pizca de sociología: establecidas las artes que van en socorro de las necesidades de la existencia y también aquéllas que le dan ornato y esparcimiento, fueron inventadas, en tiempos, las ciencias que no atienden al placer ni a la urgencia, y así ocurrió allí donde pudo haber vacación para los hombres: para algunos de ellos, y pocos, por cierto. "Por eso las artes matemáticas -dice el Estagirita- nacieron en Egipto, pues allí disfrutaba de ocio la casta sacerdotal". *Skholé* llamaban los griegos al ocio, que derivó en nuestra "escuela"; si uno piensa que los flojos son siempre el escarnio en esta

Claudio Bertoni, 1999.



institución y que, mientras más apremia el modo de vida hodierno, más aplicación y competencia se les impone a los pobres alumnos, cuesta entender la relación entre uno y otro término. (Este hábito de interrogar las palabras, tan corriente entre filósofos, es, creo, prueba irrefutable de tendencia al ocio, pues quien presta más atención a los nombres que a las cosas da muestras de amar el rodeo).

Estamos, entonces: para los antiguos el ocio tenía un valor destacado; era, de hecho, índice palmario de dignidad social, porque hay que estar muy arriba para no tener nada que hacer. No *tener que hacer nada*: ése era el punto; no estar acuciado por apremios del diario vivir, disponer de otros que los encaren y resuelvan a cuenta nuestra y para nuestro beneficio. Este no tener nada que hacer, que los antiguos entendían referido a *lo útil*, les permitía -a aquellos dichosos depositarios del *dolce far niente*, encumbrados sobre las espaldas sudorosas y curvadas de una vasta caterva de esclavos- consagrar su distendido asueto a *lo inútil*, vale decir, lo que no responde a finalidades ulteriores, sino que tiene su fin en sí mismo. Paradójicamente, la sutil actividad dedicada a estos menesteres fue considerada la más intensa de todas, la actividad soberana: el mero pensar. Hasta aquí los antiguos. Pero también estaban las enseñanzas del catecismo, la condena primordial al trabajo y el catálogo de los siete vicios capitales, entre los cuales contaba la pereza. Confieso que siempre me pareció divino descomedimiento condenar a alguien a penas eternas por el solo hecho de holgazanear. Algo debía haber en la pereza que explicase tamaña hostilidad,

de alguna manera -oscura para mí- tenía que entender el cristianismo la simple y llana indolencia para haberle impuesto ese cruel desdoro. Aprendí de mi profesor y querido amigo Humberto Giannini que los medievales le daban otro nombre. *Acedía*, la llamaban, con un vocablo que la vieja lengua romana vulgar empleaba a cambio del más distinguido *desidia*. La *acedía* tenía un significado eminentemente teológico, místico habría que decir. El "demonio del mediodía", como también se la tildó, asaltaba al anacoreta con la visión alucinatoria de las tentaciones más inverosímiles (hay multitud de cuadros que representan el momento, de Bosch, de Brueghel, Schöngauer, etcétera), brotadas de la nada y cuya loca seducción debía sumir a quien cediese a ellas, precisamente, en un abismo de nulidad. El santo no debía oponerle otra resistencia que la pasiva; las manos enlazadas, debía orar, encomendarse a la bondad divina. Me pareció -y dudo que la teología me acompañe en mi conjetura- que este orar era otra forma del ocio, de un tiempo regalado al tiempo, y que en esa ofrenda que no sería sino restitución del plazo que se nos dio al origen del tiempo mismo alcanzaba el bienaventurado un barrunto de eternidad.

Lo de la pereza, pues, no era prurito de los medievales, sino que fue traducción impuesta por una nueva era, que celebraba la industriosa diligencia como manera de hacerse del mundo. La condena de la pereza fue síntoma inequívoco de las primicias del capitalismo. Ni qué decir cómo se ha agravado la dolencia que el síntoma acusaba. Pléyade tras pléyade de criaturas atareadas han ido emergiendo del vientre vultuoso de la era, y nosotros mismos tenemos que conquistar a codazos una plaza exigua en el pelotón que nos ha tocado. El tráfigo hacendoso nos nutre y nos devora al mismo tiempo, a todos por igual, sólo que unos, como dicen de sí los chanchos de Orwell, son más iguales que otros. Pero también éstos deben rendirle culto al ídolo crispado del rendimiento. Considere el avisado lector esos nuevos amos del mundo, ejecutivos, diligentes, aeróbicos, hispídos, que por no perder el nivel de estrés que llevan en su jornada dedican el tiempo libre a deportes de alto riesgo, sea el rafting, el parapente o el adulterio.

Y así es como piloteamos vagas vidas que se van apolillando inapelablemente en un afán sin lustre. No lo sabré yo, que creí enderezarme al reino del solaz, y

heme aquí abatido por tanta clase y compromiso, por cometidos y faenas de variado género.

Qué más ajeno a nosotros que las candorosas quimeras de la Tierra de Jauja: una existencia humana eximida de las inclemencias del clima, de los sobresaltos de la necesidad, y sobre todo de las penurias del trabajo. El ya mentado Brueghel tiene esa tabla hermosa que presenta a un grupo de soldados inertes y ex-jornaleros, todos entraditos en carnes, que descansan su siesta perenne a la sombra de un árbol frondoso, cuyo tronco está ceñido por una repisa en redondel, repleta de manjares a punto de caer sobre las abiertas bocas de los adormilados; un militar se asoma bajo un techo escorado cubierto de tartas, mientras en el fondo, por el prado, corretea un cerdo a medio calar, y a los pies de los haraganes deambula un huevo con piernas e implemento para el cuchareo. Es Luikkenland, para los holandeses, Schlaraffenland para los alemanes, el Pays de Cocagne, para los franceses; allí los eficientes son castigados, desterrados si incorregibles; al más flojo se le corona rey.

No: a nosotros sólo podría convenirnos un sueño más corto; y para ello creo no conocer formulación utópica tan conmovedora como la estrofa final de ese viejo canto campesino italiano, "O partigiano", que es uno de los himnos revolucionarios más bellos: "*ma verrà un giorno in cui lavoreremo in libertà*", "día vendrá en que libres trabajaremos".

**Para los antiguos el ocio tenía un valor destacado; era, de hecho, índice palmario de dignidad social, porque hay que estar muy arriba para no tener nada que hacer**

Claudio Bertoni, 1999.



Pero ocio, más que oponerse de plano a trabajo, es quizá sobre todo una noción de tiempo, de temporalidad. Claro, se entiende que el del ocio es lapso de vacancia, fomentando la idea de que el tiempo es algo así como un recipiente que llenamos con la pobre materia de nuestros menesteres o desocupaciones, tracto neutro al que debemos aportar cualidad y valía o nuestro desnudo estar. Pero esa vacancia, esa vacación es tiempo libre, y esa libertad define un derecho, un derecho originario, voy a decir, en vena filosófica. Es -el ocio- el derecho a la digresión; que en cada momento se abre una pluralidad de tiempos,

**El tráfago hacendoso nos nutre y nos devora al mismo tiempo, a todos por igual, sólo que unos, como dicen de sí los chanchos de Orwell, son más iguales que otros**

que se ha de tener percepción para su diferencia, que esa percepción sólo es posible si se tiene libertad de abrirse a las tan diversas trazas del tiempo -puro pasar y duración, interrupción, celeridad o suspenso, inminencia o lasitud, morosidad, tris y coyuntura-, y que eso requiere y quiere tiempo: restitución del tiempo a sí mismo.

Pensar y orar, creo, son formas de esa restitución. Pensar y orar pudieron ser, acaso, las dignas instituciones del ocio en épocas pasadas: dos épocas del ocio, diré. ¿Cuál podría ser la nuestra? Permítame el lector aventurar una hipótesis, y decir que la institución del ocio de los tiempos modernos -averiados legatarios suyos somos nosotros- es, acaso, el escribir. Al menos a mí no se me ocurre otra. En *El cuento de un tonel*, sátira delirante

de fines del siglo XVII que releo asiduamente, y que fue compuesta entera sobre la pauta de la digresión (e incluye, entre muchas cosas, una "digresión sobre las digresiones"), Swift dice que en la escritura pasa lo mismo que en el viaje: cuando se tiene una idea precisa de dónde llegar y necesidad de apretar el paso, se toma la senda más directa, por sucia que esté, no se para mientes en nada que no sea el fin y tampoco se es buen compañero de travesía, derrochando salpicaduras de barro a diestra y siniestra; caso contrario, el jinete prodiga amabilidad en vez de mugre y en cada recodo promisorio convida a sus socios a disfrutar de la vista, los aromas, la benéfica sombra y de cualquier bagatela plácida que refine la excursión. Y es que el derecho a la digresión otorga el límpido ejercicio de la preferencia. Uso esta palabra en el mismo sentido en que la enunciaba *Bartleby el escribano*, ese carácter asombroso que Melville pergeñó hace siglo y medio: instado a ejecutar sus tareas de oficina, su voz sosegada y firme replicaba invariablemente con un "preferiría no hacerlo", "*I would prefer not to*", lo que no entraña conato de ninguna especie, sino la perfecta impasibilidad del sujeto, y un tiempo repartido entre escribir meticulosamente y contemplar ensoñado los ladrillos del edificio que daba, no más lejos de un palmo, a su escueta ventana.

Apelo, pues, a esos dos documentos para acreditar mi suposición, y la benevolencia del lector podrá aducir algunos otros, si bien le parece. Aunque, la verdad, admito que el segundo me salió tal vez equívoco; después de todo,

el pálido empleado desiste pronto de escribir y ya sólo se entrega a sus herméticas cavilaciones, come apenas y su impávida perseverancia acaba deparándole la prisión y, en ella, como la frase que se continúa a renglón seguido y como sombra de una sombra, la muerte.

...

De pronto, un vago malestar me ha invadido. No sé si se debe al influjo del melancólico final del relato de Melville o a alguna otra causa que no acertaría a discernir. El hecho es que me detengo, ya no escribo. Retiro mi silla, me levanto, voy al ventanal, apoyo la mirada en las baldosas, y pienso y repienso, y con los ojos entornados, recuerdo: recuerdo las lecciones frustradas de mi padre, mi edad pubescente con sus alegrías, inquietudes y pesares, recuerdo que tenía todo el tiempo del mundo, pero no por delante, promisorio, sino a cada minuto, todo el tiempo del mundo en cada instante; todo, y de tanto tiempo para hacer tantas cosas, acababa no haciendo ninguna, posando los ojos en las baldosas, el techo o las nubes, pensando. Y ahora que recuerdo todo eso y casi me parece verlo, pienso, con pena, con rabia, con añoranza, que hoy sólo puedo robarle al tráfago y a mis funciones un angosto minuto de recuerdo, un miserable segundo de vislumbre.

Pablo Oyarzún es filósofo, ensayista y traductor; profesor en las universidades de Chile y Católica.

Claudio Bertoni, 1999.



JORGE MONTEALEGRE

## OCIO Y DIBUJO

## CONDUCIENDO CON MANOS LIBRES

“¿...y quién es él, a qué dedica el tiempo libre?”

**José Luis Perales**

“Ocio increíble del que somos capaces, perdónennos los trabajadores de este mundo y del otro”

**Enrique Lihn**

El ocio es una distracción en el cumplimiento del deber ser. En el colegio se debe poner atención al profesor, tomar apuntes, responder sus preguntas. Pero en los cuadernos hay palotes, algo parecido al viejo de matemáticas: una caricatura y otros monos que tienen más que ver con el recreo que con la clase. Niñitos y niñitas semejantes están en el camino del ocio, con el riesgo de convertirse en artistas, inventores, poetas. Así al menos ha nacido la mayoría de los buenos dibujantes:

esperando el recreo para sentirse a sus anchas, prefigurando ese momento de descanso (tiempo libre) que siempre les será más importante que el momento de trabajo (tiempo ocupado). Tiempo propio, recreo para crear y re-crearse. Ocio, que no es flojera sino la realización -incluso con ahínco- de un trabajo, una obra, que nadie ha pedido y que, supuestamente, se hace en los ratos que dejan libres otras tareas convencionalmente más productivas.

El sentido común entiende el ocio como descanso improductivo (la flojera) o como una ocupación secundaria (el hobby), sin contemplar que, en el horizonte, el ocio es una oportunidad de realización personal. En otras palabras, muchas veces la aspiración del “*pintor de día domingo*” es ser un pintor de toda la semana. Así como el deseo de cualquier escritor es “vivir de la literatura”. Son pocos los privilegiados. Entre ellos, los historietistas que viven de sus cómics.

El dibujante “haciendo monitos” para muchos es una persona que “no produce”, tal vez porque se percibe que “lo está pasando bien”. Sin horario, trabajando en la casa, aparentemente sin jefes, se convierte en un personaje en alto grado sospechoso de vagancia. Un observador desatento podría atribuirle una pereza crónica. Víctima de las caricaturas, los mismos dibujantes han modelado personajes que se desenvuelven en ese indefinido tiempo libre.

La representación social del filósofo, del artista, muchas veces es la del vago, sucio y perezoso: el ocioso, que nada hace, que no produce; el inútil... que se deja barba porque le da flojera afeitarse. También el pobre, el *roto chileno*, ha sido representado como un desocupado que no necesariamente anda buscando trabajo. Es el caso del primer Condorito, el del *O'Key* de 1949. El más atorrante de nuestro humor gráfico es Perejil, de Lugoze. Flojonazo,

puesto ante una alternativa de una condena, prefiere la pena de muerte a los trabajos forzados. En una tira se enoja con Peinetita, su polola, porque ¡le consiguió trabajo!

En el otro extremo social está el Reyecito, de Otto Soglow. Silencioso, contemplativo, vivía más en los jardines que en el palacio. Con un chofer obediente que lo llevaba en un auto largo a jugar. Ocio elegante que se puede perder. Si no, que lo diga el millonario arruinado de la tira cómica “El señor y su valet”, que dibujaba Mono (Manuel Tejada) en la picaresca revista *Pobre Diablo* de los años 40. El personaje no se resignaba a vivir como pordiosero y, viviendo en la calle, mantenía un sirviente y los modos de caballero que no se rebajaba a tener que trabajar.

Sin embargo, el ocio no es para satisfacer la pereza. El personaje más trabajador de Patolandia, por ejemplo, es el inventor Giro Sintornillos, consagrado absolutamente al aprovechamiento del ocio. La curiosidad es el motor de estas creaturas. Lo es también para el sabio alemán Federico von Pilsener, quien dedica su tiempo a observar este país salvaje llamado Chile. Trata de entenderlo y en una libretita anota sus comentarios. Es de 1906, de la revista *Zig-Zag*. El ocio de Von Pilsener era un lujo que el personaje se podía dar; así como el acomodado Pedro Subercaseaux, su autor, se podía dar el lujo de hacer monitos.

Para él, como para otros dibujantes, la realización de su vocación dejó de ser un vicio secreto. En el camino trazado tomaron un desvío que, naturalmente, se convirtió en el camino principal. Son, curiosamente, como los personajes de cómic -sus propias creaturas- que luchan contra su identidad secreta. Clark Kent es un personaje gris y cohibido que cumple su trabajo de reportero en horario laboral. Sólo se siente a sus anchas cuando puede volar (con esa capa que sirve para capear en horario laboral) y sentirse un súper hombre haciendo lo que le gusta que, obviamente, está fuera de contrato. El Zorro y Batman, por su parte, son personajes que tienen libertad de horario. No necesitan trabajar formalmente porque son multimillonarios. ¿A que dedican su tiempo libre? A la aventura, sin fines de lucro y políticamente correcta, de colaborar con la justicia. Es la opción por ese tiempo secundario -el del ocio- que se vuelve principal: ese tiempo libre que se toma como una oportunidad para ser libres en el tiempo.

Jorge Montealegre es poeta.



“Descartes meditaba en su cama hasta el mediodía”.

Dibujo de Themo Lobos para el libro *Los escandalosos amores de los filósofos*, de Josefo Leonidas (Zig Zag, 1965).

Tomás Moulian

# La pereza en el yerno del productivo Marx

**Elogio de la pereza es un libro escrito por Paul Lafargue, quien nació en Cuba y se recibió de médico en Francia y fue un militante socialista y abnegado luchador de la Internacional. Quizás esta obra hubiese pasado desapercibida si el autor no fuese yerno de Marx, quien era (por supuesto) un trabajador obsesivo, que apenas salía a pasear y que cuando lo hacía se dedicaba a educar a Lafargue. Marx, como es sabido, situaba la realización del individuo en la praxis y en el trabajo. De haber conocido lo que Lafargue elogió con delectación (el gozo, el ocio, denominándolo a menudo con la sonora palabra holganza) casi seguro que lo hubiese asimilado a la flojera tropical.**

una clase de domésticos improproductivos, conminados también a comer con gula y a consumir sin freno para ayudar a sus amos a evitar que el mundo se convierta en una bodega de desperdicios. ¿Será Lafargue, activo militante internacionalista, colaborador de Guesde en los ini-

tugal. Por lo menos en esos lugares habrá pasado menos frío. Después de que el lector se recupera de la sorpresa de leer cómo este moralista de la gozosa pereza le echa la culpa a los trabajadores del extravío de trabajar en exceso, se percata de que Lafargue no está come-

## Marx, como es sabido, situaba la realización del individuo en la praxis y en el trabajo

cios del Partido Socialista francés, un disidente camuflado? ¿Este libro constituye un solapado arreglo de cuentas teórico con su padre simbólico? Lo dudo, porque militó con abnegación en todos los lugares donde lo condujo la lucha revolucionaria. Huyó de Alemania después de 1848 y de Francia después de 1871, para continuar combatiendo por el socialismo en España y Por-

tiendo parricidio. Que en realidad es un teórico del comunismo que desarrolla una visión plagada de buenas intenciones. Sin embargo, detrás de sus análisis un poco gruesos y de sus teorías más o menos excéntricas (o *bizarres*, como se diría en francés) existe una intuición que comunica una cierta alegría de vivir, que el comunismo se realiza en el ocio, entendido como gozo.

### Personaje curioso este Paul Lafargue

Trabajador infatigable por la revolución, pareciera que expresaba sus deseos irrealizados en la justificación del ocio como sentido de la vida. Con melancolía recuerda en su libro las palabras de Jenofonte: el trabajo ocupa todo el tiempo y deja poco espacio para dedicarse a los asuntos públicos y al cultivo de la amistad. La lectura de su libro hace pensar en los sueños utopistas de Bakunin más que en los de un acérrimo partidario de Marx, quien se dedicaba a pelear contra los anarquistas españoles para favorecer la difusión del marxismo.

En la parte final de su libro describe en tono satírico las fiestas con que se celebrará el día en que los trabajadores decidan, por fin, imponer el reino del ocio. En ella los trabajadores arreglarán cuentas con los curas, los jueces y los policías, sometiéndolos a una serie de castigos simbólicos, quizás inspirados en Rabelais, uno de sus autores de cabecera. Por fin Lafargue recupera la brújula y vuelve a culpar a los burgueses, percatándose de que el vicio de los trabajadores era aprendido y no era voluntario.

¿Que pasó con Lafargue? En 1911 este soñador del gozo tomó la trágica decisión de suicidarse, acompañado de su esposa Laura. Espero que descanse en alguna playa del trópico, fumando, pecho al aire, un interminable cigarro.

**E**n esta obra Lafargue se instituye en un moralista del ocio. En nombre de ese principio critica severamente a la gavilla represora de frailes, de (anti)moralistas que predicán el disciplinamiento y de obreros desquiciados por el ansia del trabajo. Lo sorprendente es que, entre este conjunto de predicadores o practicantes de la ascesis, Lafargue le carga la mano a los obreros. En ocasiones es tal su furia contra estos asalariados, idólatras del trabajo, que trate de considerarlo un recurso satírico. De otro modo no tenía sentido en la pluma de un admirador confeso de Marx.

Por lo tanto, lo menos que puede decirse de la lectura del *Elogio de la pereza* es que sorprende. El autor parece un autodidacto excéntrico en materias sociales, cuya cabeza ha sido perturbada por lecturas heterogéneas. No asoma por ninguna parte el discípulo de Marx. En sus *Recuerdos personales* Lafargue cuenta que lo acompañaba en sus largos paseos por Hampstead Heath, en las escasas ocasiones en que el filósofo abandonaba sus libros o su pluma. En ese pánegrico sobre su suegro, lo presenta como la fuente de la sabiduría, a quien escuchaba embobado mientras caminaban a marchas forzadas.

Lafargue comienza su opúsculo en la línea esperada, criticando a la nefasta coalición de moralistas ascéticos, policías y hombres de derecho que fuerzan a los obreros al trabajo. En las primeras páginas cita al odiado Thiers, el represor de la Comuna, quien afirma que los trabajadores han venido al mundo para sufrir y no para gozar<sup>1</sup>. El autor le pone los puntos sobre las íes a "los curas, economistas y militares (que) han sacro-santificado el trabajo"<sup>2</sup>, las emprende contra los presuntos filántropos que crearon los "workhouses", lugares aparentemente benéficos donde el obrero estaba conminado a trabajar todo el día<sup>3</sup>.

Pero en un momento del libro, en especial a partir del segundo capítulo, Lafargue pierde la brújula. El texto, a partir de entonces, está dedicado a analizar las funestas consecuencias que genera la obsesión de los obreros por el trabajo. Ese vicio generalizado produce no sólo la degeneración del obrero mismo sino una serie de efectos encadenados. La principal consecuencia de estos excesos, producidos por el fanatismo obrero, es el flagelo de la sobreproducción. Esa consecuencia primero obliga a los burgueses a consumir en exceso. Esto deteriora la salud, la moral y la inteligencia de estas pobres víctimas, las cuales, para colmo, se ven forzados a crear

Lafargue tiene una idea un tanto simplista de la llegada de este paraíso. Para él, se materializará cuando los trabajadores, dejando de lado el vicio que los carcome, decidan no trabajar más de tres horas diarias<sup>4</sup>.

Nuestro autor es un conspirativo al revés: no cree que los burgueses y su pléyade moralista obliguen a los trabajadores a uncirse al yugo. Más bien lo contrario: está convencido de que los obreros han sido alcanzados por un virus que los convierte en fanáticos trabajólicos. Pero, cuando logren escapar de esa obsesión, estarán en condiciones de realizarse, paseándose con el pecho al desnudo y en traje de baño, fumando un prodigioso habano. No debe olvidarse que Lafargue nació en el trópico.

A su manera, Lafargue nos proporciona un relato del comunismo como reino de la holganza; esto es, del placer como perpetua actividad lúdica. No es sólo un admirador de la pereza o del ocio, el cual tiene una connotación de vacío. Su suegro, más bien uncido a la disciplina del trabajo y a quien era difícil sacar a descansar un rato, predica el comunismo como la perfecta distribución (a cada uno según sus necesidades) y también como paso de la necesidad a la libertad. Es imposible dejar de pensar que para Marx la libertad era algo mucho más serio que la pereza.

Pienso que se hubiese sorprendido leyendo este texto descentrado de su yerno. En su concepción de mundo, el hombre se realizaba a través de una praxis que transformaba y redefinía el trabajo para convertirlo de lugar de alienación a lugar de realización de lo humano. No creo que se imaginara el reino de la libertad como el del hombre que exhala bocanadas de humo con el cuerpo expuesto a la brisa marina. Ese ideal reflejaba los recuerdos infantiles de Lafargue.

Marx, hijo de su tiempo, heredero de la Reforma y de la "revolución industrial", no estaba en condiciones de pensar de ese modo. Su imaginario, sus categorías, eran las del Iluminismo. Theodor Adorno le reprocha querer convertir el mundo en un gigantesco taller<sup>5</sup>. Creo que en parte tiene razón, porque para Marx solamente en el capitalismo comenzaba el largo proceso de desaparición de la escasez, en vista de la enorme capacidad de producción de riqueza y de desarrollo de las fuerzas productivas de ese modo de producción.

Y no sólo Marx pecaba de gravedad. Otro marxista, Karl Korsch, piensa que el paraíso del comunismo se realizaría el desideratum de todo filósofo<sup>6</sup>. Se alcanzaría la transparencia de lo real, el conocimiento estaría al alcance de todos, desapareciendo cualquier opacidad. Lenin nos promete que se podrá ser trabajador en la mañana e intelectual en la tarde. Gozos mucho más refinados que los de Lafargue.

<sup>1</sup> Paul Lafargue, *El elogio de la pereza*, en *Obras escogidas*, Editorial América, 1938, p. 1.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>5</sup> Marin Jay, *La imaginación dialéctica*, Editorial Taurus, 1974.

<sup>6</sup> Karl Korsch, *Marxismo y filosofía*, Editorial Era, 1971.

Es notable que la mecánica puramente fisiológica del reír sea algo exclusivo del hombre, mientras que comparte con el animal la función, llena de sentido, del juego. El aristotélico **animal ridens** caracteriza al hombre por oposición al animal todavía mejor que el **homo sapiens**.

Cuanto más nos empeñamos la forma lúdica de la vida con respecto a otras, en apariencia emparentadas con ella, más se pone de relieve su profunda independencia. Todavía podemos avanzar en esta separación del juego de la esfera de las grandes antítesis categóricas. El juego está fuera de la disyunción, sensatez y necesidad, pero fuera también del contraste verdad y falsedad, bondad y maldad. Aunque el jugar es actividad espiritual, no es, por sí, una función moral, ni se dan en él virtud o pecado.

De cualquier modo que sea, el juego es para el hombre adulto una función que puede abandonar en cualquier momento. Es algo superfluo. Sólo en esta medida nos acucia la necesidad de él, que surge del placer que con él experimentamos. En cualquier momento puede suspenderse o cesar por completo el juego. No se realiza en virtud de una necesidad física y mucho menos de un deber moral. No es una tarea. Se juega en tiempo de ocio. Sólo secundariamente, al convertirse en función cultural, veremos los conceptos de deber y tarea vinculados al juego.

Con esto tenemos ya una primera característica principal del juego: es libre, es libertad. Con ella se relaciona directamente una segunda.

El juego no es la vida "corriente" o la vida "propriadamente dicha". Más bien consiste en escaparse de ella a una esfera temporaria de actividad que posee su tendencia propia. Y el infante sabe que hace "como si...", que todo es "pura broma".

[De **Homo Ludens**, 1939]

# Contra Guillermo Tapia Pizarro

Causa N° 9.025 / Vagancia

## Juzgado del Crimen de San Felipe

(Marzo 17 de 1937)

En San Felipe a diez de Marzo de mil novecientos treinta i siete compareció Guillermo Tapia Pizarro, nacido en La Serena, de sesenta i seis años, soltero, analfabeto, gañán, domiciliado en el Puente s/n, quien interrogado bajo promesa de verdad espuso; que el compareciente tiene su domicilio en la calle Puente donde un caballero a quien no le sabe el nombre quien **le da alojamiento debajo de un guindo i un peral;** que el compareciente no es vago i trabaja en “pololos” que se ofrecen; que al último que le trabajó fue a Juan de la Cruz Muñoz i también a Germán González; que cuando no tiene trabajo ni que comer pide limosnas sin tener permiso; que el compareciente no es enfermo i puede trabajar.

Se deja constancia de que el declarante es una persona de sesenta i cinco a setenta años i su aspecto físico indica que puede tener aptitudes para el trabajo que no sea mui pesado de acuerdo con su edad. Además, se nota en el indicado Tapia que viste con arapos i en completo estado de desaseo.

Leida que le fue se ratificó i no firmó por no saber.

Alberto Moyano Vega  
Ajente 2 jefe Acc. de Investigaciones.

[Archivo Nacional, T. 14, N° 7]

ALEJANDRA ARAYA

# POR LA RAZÓN O LA FUERZA

Lo justo y la guerra no anuncian buenaventura. Petorca. Don Gabriel de Ortiz, teniente de infantería del Batallón de Quillota, alcalde de primer voto, cursa una amonestación a Buenaventura Basurto, Gregorio Guerra y Justo Clavería por “osiosos bagamundos”. Razón: continuar en su “osiosidad siendo su ejercicio el de la guitarra con el que se mantienen inquietando el sosiego de las jentes con esquinasos, o cantos en diferentes casas a deshoras de la noche”. Sentencia: “en lo benidero no canten, ni toquen en parte alguna verificada la queda, solicitando travajo en que puedan ocuparse para el sustento de sus personas y familias”. Desobediencia: “sin mas auto que este, seran remitidos anvos a los presidios del Reyno y para que no aleguen ignorancia mandé despachar el presente”<sup>1</sup>.

**Sólo una amonestación, buenaventura al fin y al cabo,** porque entre 1730 y 1790 se produce una conjunción entre los nuevos discursos sobre la sociedad del orden y el trabajo, la ociosidad como teoría de la criminalidad y la necesidad de hacer productiva a una población numerosa en la ciudad: entre 1762 y 1780 la quebrada de San Ramón, los tajamares del Mapocho y el famoso puente de Cal y Canto (obra máxima del representante de todos los discursos reunidos: el corregidor de la ciudad Luis Manuel de Zañartu) dan cuenta de un esfuerzo conjunto entre el proyecto de una sociedad nueva y los brazos armados de la ley y coerción social para transformar hábitos y formas de vida no acordes con la nueva racionalización del tiempo. Los razonamientos legales, jurídicos y de orden público, de un lado, y la aplicación de la fuerza

coercitiva del estado colonial, tuvieron como resultado la construcción de las principales obras públicas de la ciudad. Y esto llevó a decir al historiador Francisco Encina que Zañartu se había adelantado a la república concretando antes de su aparición el lema republicano: “Por la razón o la fuerza”.

Las proyecciones no son casuales, pero tampoco premeditadas, aunque las acciones de Zañartu cumplen con las aspiraciones de muchos otros como Encina. *Por la razón* de los códigos y los discursos de las teorías criminales y de defensa de la sociedad o *por la fuerza* de una nueva razón productiva, en las palabras y en el ejercicio de la “justicia”, es que fueron apresados y enjuiciados hombres reales por ser ociosos y vagabundos.

Unos eran inofensivos, cantores de una noche, pero otros eran persistentes, vivían de otra manera: eran los “incorregibles”. Como los hermanos Francisco, Vicente y Dionisio Ibarra,<sup>2</sup> del partido del Maule, que por “común opinión” eran ladrones y “bagamundos a respecto de no trabajar a nadie (...) pues que nunca siembran trigos ni chácaras ni menos sirven a persona alguna”. Qué insolencia ésta, la de que mientras otros trabajan a sol y sombra para tener lo necesario, “hombres bagantes ocasionados y que no

<sup>1</sup> Archivo Judicial de Petorca. Criminales. Legajo 11, pieza 4. Marzo de 1791.

<sup>2</sup> Causa criminal contra Francisco, Vicente y Dionisio Ibarra por ladrones bagamundos. Archivo de la Real Audiencia, vol. 2153, pieza 1ª, Curicó-Lontué, 1764-1765.

<sup>3</sup> Dr. Borquez, Fiscal de la Real Audiencia, Santiago, 10 de julio de 1809, vista en la causa de Tomás Espinoza por ladrón y vagante, mal ocupado. Partido del Maule-Santiago, Archivo de la Real Audiencia, vol. 2616, pieza 1ª, 1808-1809.

<sup>4</sup> Diccionario de Autoridades, primera edición, de la Real Academia de la Lengua, Tomo V. Definiciones en folios 15 y 16.

“Ociosos son los que se llaman estudiantes, pero de los que hacen desmanes, como usted ha visto. Son vándalos” (Guardia del Metro, no quiere identificarse)

trabajan ni aun para mantenerse, no por esto dejan de andar bien vestidos” (decía entonces Marcos Espinoza, vecino de Curicó, de 30 años).

¿Qué había pasado con la justa diversión, la buenaventura de hacer lo que se halla y recibir lo que se encuentra, qué era esta guerra sin cuartel al ocio y a la vagamundidad? Ociosos vagamundos. Poético en las palabras. Ociosidad y vagamundería. Delito en la ley: “si este no se corta, y separa del todo, con su pestilencial ejemplo infestará a otros incautos precipitados de sus pasiones: por tanto a fin de que la vindicta publica quede satisfecha y libre de este contagio, el agente lo acusa al exilio de ocho años a uno de los precidios del Reino...”<sup>3</sup>

**La ociosidad es madre de los vicios.** Refrán que aconseja que estemos siempre empleados en cosas útiles y honestas, para no ser oprimidos de nuestras pasiones. La mente que gobierna a un desordenado cuerpo. La ley y sus representantes, en un ejercicio de suprema razón, cortan el miembro inficionado para liberar al cuerpo social de la gangrena: la vida de antaño corroe el nuevo proyecto civilizatorio. Lo importante: ya no es cuestión de palabras y de filosofía, es razón de Estado.

Un diccionario y un cuerpo de leyes son primos muy cercanos. Ambos, códigos y cánones que rigen el mundo en que vivimos. Uno, el de las palabras y el sentido, acogiendo en sus definiciones lo conocido y comprendido por letrados e iletrados. El otro, imperativo y severo, usando las palabras para ordenar el mundo conocido e influir sobre él mandando, prohibiendo y permitiendo. Así como un término tiene acepciones y cae en desuso, las conductas desaparecen por la fuerza de otros registros. Ley y diccionario cooperan estrechamente. Una elimina la vida del ocio divertido y la libertad que permite vagar por el mundo, vacío de obligaciones, para estigmatizarlo con el rasgo de la indecencia y la incivilidad e instala la sospecha sobre el uso de este tiempo: mal ocupados, malentretidos, ladrones por cierto, porque si no trabajan, ¿de qué viven? El otro, inscribe en sus registros el nuevo sentido de las palabras.

Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas provenientes al uso de la lengua. Año de 1737.<sup>4</sup>

**Ociar** es divertir a alguno del trabajo en que está empleado, haciéndole se entretenga en otra cosa que le deleite. Tiene poco uso. ¡Tiene poco uso! Buenaventura, Justo y Gregorio, cuyo oficio era la guitarra, estaban fuera de los usos: deleitando y entreteniéndolo como siempre, sólo que -ya en 1791, e incluso en un paraje tan marginal a la populosa Madrid de la Real Academia- la gente se acostaba más temprano para salir a trabajar, pero también para cuidarse de las habladurías. No vaya a ser que digan que es gente ociosa...

¿Qué nos dejan como opción? El ocio como diversión u ocupación quieta, especialmente obras de ingenio “porque éstas se toman regularmente por descanso de mayores tareas: y así el Conde de Rebolledo llamó Ocios a sus poesías”. El ocio como premio al deber cumplido, pero aún el deleite del ingenio y la poesía hablan de una historia que no acaba. Acorralados por los estigmas de un siglo ilustrado, los degenerados bohemios artistas y los simples ciudadanos sin ingenio, debemos legitimar nuestras palabras como oficio provechoso. Que no sea que por desterrar el ocio, nos quedemos sin cerebro.

Alejandra Araya es historiadora; académica de la Universidad de Chile.

“Con la palabra ocio pienso en la gente que está en las esquinas mirando, molestando. También pienso en la droga”  
(Peluquera del barrio Pedro de Valdivia)

## 13. De la vagancia y mendicidad

**Art. 305.** Son vagos los que no tienen hogar fijo ni medios de subsistencia, ni ejercen habitualmente alguna profesión, oficio u ocupación lícita, teniendo aptitudes para el trabajo.

**Art. 306.** El vago será castigado con las penas de reclusión menor en su grado mínimo y sujeción a la vigilancia de la autoridad.

**Art. 307.** El vago a quien se aprehendiere disfrazado o en traje que no le fuere habitual o provisto de ganzúas u otros instrumentos o armas que inspiren fundada sospecha, sufrirá penas de presidio menor en sus grados mínimo a medio y de sujeción a la vigilancia de la autoridad.

Iguales penas se impondrán al vago que intentare penetrar en casa, habitación o lugar cerrado, sin motivo que lo excuse.

**Art. 308.** En cualquier tiempo que el vago a quien se hubieren impuesto las penas de reclusión menor en su grado mínimo y de sujeción a la vigilancia de la autoridad, diere fianza de buena conducta y aplicación al trabajo, será relevado del cumplimiento de su condena.

[Artículos del Código Penal chileno, libro II-Título VI, sólo derogados el 1 de julio de 1998]

DOMINGO ROMÁN

# SOBRE EL ORIGEN DE LA PALABRA “OCIO”

“Nunca estéis ociosos; ocupaos siempre en algo útil”, era el lema institucional de la escuela básica en la que estudié. Muchos años después, me llamó la atención que, en otro país, existiera una publicación llamada *La Guía del Ocio*, en la que se daban las referencias de cine, teatro, televisión, exposiciones de pintura, conciertos... Es claro: en este uso de la palabra nada hay de condenable, como sí lo había en la frase del inicio de estas notas.

**C**on lo anterior quiero mostrar que coexisten hoy día dos valoraciones lingüísticas, o connotaciones, opuestas en la palabra ocio. Por una parte, se trata de una idea negativa; o sea, se entiende que es algo que hay que evitar y, por lo mismo, las voces *ocio*, *ociosidad* y *ocioso* se usan para señalar un defecto, para formular una crítica o bien para indicar un estado (o actitud) que hay que evitar. Un antiguo refrán confirma esta perspectiva: “La ociosidad es la madre de todos los vi-

actual voz *ocio*, ha tenido varias acepciones, que varían en las épocas y en la pluma de los escritores. Aparece la noción de ‘descanso’ y de ‘reposo’; además ha significado ‘retiro’, ‘soledad’. En otros casos ha expresado el concepto de ‘calma’ y de ‘tranquilidad’. Por supuesto, también aparece con el contenido de ‘tiempo libre’. De lo anterior se desprende que para los romanos el ocio era fundamentalmente positivo. Ese tiempo libre les permitía la contemplación filosófica y el desarrollo de las artes.

Existía también un concepto correlativo y opuesto al de la palabra *ocio*: era el *nec otium*, literalmente ‘no ocio’, y que significaba básicamente ‘ocupación, quehacer’. El verso de Horacio dice “Feliz aquel que está apartado de los negocios”, que Fray Luis de León reescribió como “Qué descansada vida / la del que huye el mundanal ruido”.

Nuestra palabra *trabajo* tiene un origen bien curioso: existía un castigo romano que se realizaba en una estructura compuesta por tres palos, es decir, un cepo de madera, en el que se colgaba al culpable y se le golpeaba cuando estaba cabeza abajo. Esta penalización en esos “tres palos”, o *tripalium*, era, precisamente llamada *tripaliare*. De allí proceden, nada menos, con una serie de cambios fonéticos, nuestras palabras *trabajo* y *trabajo*. Etimológicamente el trabajo era un suplicio, lo que implica que de forma necesaria no debe haber tenido, en su momento, las buenas valoraciones que hoy posee.

Mucha agua ha corrido bajo el puente desde los romanos hasta nuestros días. El mismo devenir histórico de las culturas y tradiciones de Occidente ha hecho sedimentar unas representaciones sociales que se expresan, obviamente, en nuestro lenguaje. En esos fenómenos habría que buscar la causa de que se hayan invertido las valoraciones: lo que antes era positivo hoy es negativo y viceversa.

Ya en el primer siglo de nuestra era, la palabra *otium* se encuentra asen-

tada y le corresponderá un largo y variado curso semántico hasta llegar a su estado actual.

Para los antiguos soldados romanos campesinos el *otium* era el tiempo que les quedaba libre cuando no estaban dedicados a las tareas agrarias y a las operaciones militares. En su caso, las ocupaciones políticas no consumían gran parte del tiempo, salvo en algunos momentos de la vida social. Así, la primera oposición conceptual se da entre *otium* y *militiae* (concebida como principal *negotiae*). A partir de esta oposición, la palabra significó ‘paz social’; de ese estado pasó a denotar ‘la tranquilidad de las existencias privadas’, ‘el apoliticismo sereno’.

Combinados el hecho de la aparición de la función de los dirigentes políticos y la liberación de ciertas tareas apoyadas en la existencia de la esclavitud, el término se orienta semánticamente hacia el culto de las musas y la contemplación filosófica.

En la composición originaria de esta palabra confluyen dos significaciones: por una parte, la de ‘suspensión de las armas’ y, por lo mismo, la idea de ‘movimiento libre’; por otra parte, la idea de ‘protección’ y de ‘resguardo’ aplicable, por ejemplo, en el ámbito marítimo. A partir de ese estado fue extendiendo su significado y haciéndose aplicable a otros campos, hasta llegar a nuestros días en que, además de significar ‘cesación del trabajo’, su significado incluye, en cualquier diccionario más o menos completo del español, la noción de ‘inútil’.

Hoy, en que los tiempos mencionados en estas notas se ven tan lejanos, no deja de sorprendernos la alteración valórica que ha experimentado esta pieza del idioma. Tal vez sea éste un buen ejemplar léxico que puede permitir comprender en perspectiva una serie de asuntos de la mayor importancia que están relacionados con la historia de las representaciones sociales y sus manifestaciones lingüísticas.



Claudio Bertoni, 1997.

cios”. Este refrán y el citado lema escolar estaban cortados por la misma “tijera” ideológica.

Por otra parte, aunque con una presencia más débil, coexiste una valoración positiva: el nombre de la publicación mencionada es una muestra de ello; también hay algunos que creen en lo que llaman la utopía “de la civilización del ocio”, y otros hablan, refiriéndose más o menos a lo mismo, de “la sociedad del no trabajo”. Este sentido, más positivo de la palabra, aparece menos en nuestra lengua cotidiana.

En cambio, la palabra *trabajo* -que de hecho es más frecuente en el hablar cotidiano que *ocio*- tiene una fuerte carga positiva en el habla de todos los días. El trabajo es deseable, necesario, edificante, hace “poner los pies en la tierra”. Nadie se sorprende negativamente al observar un “ofrecimiento de trabajo”, o porque alguien dice que “busca trabajo”.

Miremos ahora, aunque sea de forma somera, la trayectoria de estas palabras.

Nos encontramos -en los diccionarios latinos- con que la palabra *otium*, de la que proviene nuestra

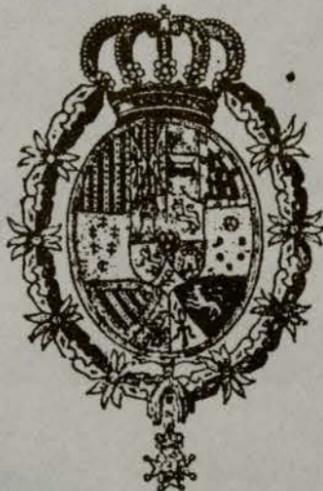
\* 13

# REAL CEDULA .

## D E S . M .

Y SEÑORES DEL CONSEJO,

POR LA QUAL SE MANDA QUE CON NINGUN  
pretexto ni motivo se permita que los Buhoneros, y los  
que traen camaras obscuras, y animales con habilidades,  
anden vagando por el Reyno sino es que elijan  
domicilio fixo, con lo demas que  
se expresa.



AÑO

1783.

EN MADRID:

En la Imprenta de Don PEDRO MARIN.

Contraviniendo á lo dispuesto en las Leyes promulgadas en su razon, se expidió Real Cédula en veinte y quatro de Noviembre de mil setecientos setenta y ocho, mandando se observasen las citadas Leyes, y que conforme á ellas examinasen las Justicias respectivas los Papeles que llevasen los Peregrinos, su estado, naturaleza y tiempo que necesitaban para ir y volver, el qual desde la frontera se señalase en el pasaporte que deberían presentar á cada una de las Justicias del tránsito, anotándose á continuacion de él, por ante Escribano, el dia en que llegaban y debían salir del respectivo Pueblo, sin permitirles se extraviasen de los caminos Reales y rutas conocidas en la forma que se disponía en las citadas Leyes, procediendo á imponer á los contravertores que se aprehendiesen sin dichas qualidades, como vagos, las penas establecidas, y las prevenidas en la Real Ordenanza de siete de Mayo de mil setecientos setenta y cinco, aplicándolos al servicio de mar y tierra si fuesen hábiles, y recogiendo á los que no lo fuesen, á las Casas de caridad y misericordia para que en ellas se les dedicase al trabajo y oficios; y si fuesen eclesiásticos concurriesen a los Ordinarios con su autoridad á lo que correspondiese, haciendo las Justicias los procesos de nudo hecho, y dando noticia al mi Consejo de qualquiera contravencion, para remediarlo; sobre cuyo asunto se hizo el mas estrecho encargo á los muy reverendos Arzobispos, reverendos Obispos y demas Ordinarios Eclesiásticos. Por otra Real Cédula expedida en dos de Agosto de mil setecientos ochenta y uno, con el fin de atajar los daños y perjuicios que causaban al público los Buhoneros Estrangeros, y otras personas que andaban vendiendo buxerías por las calles, sin tener domicilio fixo, no obstante lo que sobre este punto estaba igualmente prevenido en las Leyes del reyno, mandé que con ningun motivo, ni pretexto permitieseis que así á los que sin domicilio fixo vendían por las calles Efigies de yeso, Botes de olor, Palilleros, Antejos y otras menudencias de esta clase, como los Caldereros y Buhoneros que iban por los Pueblos, y se hallaban en todas las ferias con Cintas, hebillas, Cordones y Pañuelos, anduviesen vagando de Pueblo en Pueblo, ni de feria en feria, haciéndoles saber que fixasen su domicilio y residencia, con apercibimiento de que se les tendría por vagos, y se les daría como á tales la aplicación correspondiente á las Armas, ó Marina, lo que executaseis irremisiblemente, arrelandoos en el modo de proceder, y en todo lo demas á las providencias comunicadas en punto á vagos. Con motivo de varios recursos y representaciones que se han hecho al mi Consejo, ha

reconocido éste, que no obstante lo dispuesto y prevenido en las referidas Cédulas, andan vagando por el Reyno, sin destino ni domicilio fixo, diferentes clases de gentes, como son los que se llaman Saludadores, los que enseñan Máquinas obscuras, Marmotas, Osos, Caballos, Perros y otros animales con algunas habilidades, los que con pretexto de estudiantes, ó con el de Romeros ó Peregrinos sacan Pasaportes, los unos de los Maestros de escuela, ó rectores de las Universidades, y los otros de los Capitanes Generales, ó Magistrados políticos de estos Reynos, abusando de dichos Pasaportes para andar vagando ociosos. Asimismo, ha advertido el grave perjuicio que ocasionan á mi

Real hacienda, y al fomento y progresos del Comercio los Malteses, Piamonteses, Genoveses y otros viandantes Buhoneros, estrangeros y naturales de estos Reynos que andan por las calles, huertas y campos vendiendo varios generos de Lencería, Lana, Estambre, tejidos de Algodón y Seda, y demas ultramarinos, y del Pais, llevándolos á las casas sin domiciliarse, ni establecerse; pues ademas de no arraigarse en estos Reynos, extraehen de ellos sus ganancias, y no pagan mis Reales contribuciones, de modo que vienen á ser mas privilegiados que los naturales y domiciliados en el Reyno contra toda buena razon politica. Y deseando el mi Consejo contener estos excesos y abusos, y atajar los perjuicios que ocasionan tan crecido número de ociosos y holgazanes; teniendo presente lo expuesto en el asunto por mi primer Fiscal Conde de Campománes acordó expedir esta mi Cédula. Por la qual os mando que con ningun pretexto, ni motivo permitáis, ni consintáis que los Buhoneros, y los que trahen cámaras obscuras, y animales domesticados con habilidades anden vagando por el Reyno, con prevencion que hago á los capitanes generales y Justicias de que no les den Pasaportes, y aunque les traigan se les recoja, y destine como vagos, aplicandolos conforme á lo dispuesto en la Real Ordenanza de Levas de siete de Mayo de mil setecientos setenta y cinco, á las Armas, Marina, Hospicios y obras públicas. Igualmente y según está ya declarado en la expresada mi Real Cédula de veinte y quatro de Noviembre de mil setecientos setenta y ocho, mando sean comprehendidos por vagos los Romeros ó Peregrinos que se extravían del camino, y vagan en calidad de tales Romeros, y que los Escolares sólo yendo a la Universidad á sus casas via recta pueden recibir Pasaportes de los Rectores y Maestros de escuela de las Universidades (...)



Claudio Bertoni, 1993.

Norbert Lechner

## ¿Para qué queremos ocio?

¿Qué es el ocio? No es un "dato objetivo" con un significado unívoco. Cada cual dirá lo que significa para él: descanso o diversión, fiesta o dulce far niente. En general, será una combinación de significaciones que cambia según las circunstancias. Se trata, pues, de una "construcción" cuyo sentido varía. Pero no entremos en disquisiciones. Tomemos un punto de partida banal: parece que el ocio presupone un tiempo libre (distinto al tiempo de trabajo remunerado o doméstico). Al respecto, algunos resultados de la encuesta nacional del PNUD<sup>1</sup> ayudan a visualizar la diversidad.

**P**rimera sorpresa: seis de cada diez entrevistados declaran tener (algo o siempre) tiempo libre durante la semana. No seríamos entonces tan "trabajólicos" como todos dicen. Por supuesto que hay diferencias. Como era de esperar, las personas de nivel socioeconómico medio-alto, los jóvenes y los adultos mayores suelen disponer de más tiempo libre.

**Un tercio de la muestra exhibe una visión normativa de la vida. Cumplir con su deber tiende a ser la consigna que guía a los adultos mayores, la población rural y personas de estrato bajo y medio-bajo. La gratuidad del ocio parece ser un lujo para ellos**

¿Cómo emplean los chilenos su tiempo libre? Entre las tres opciones que ofrecía el cuestionario, los entrevistados señalaron por partes iguales (40 %) que es una oportunidad para "hacer lo que yo quiero" y para "hacer cosas útiles". Sobre todo, para las personas de estrato bajo y los adultos mayores el tiempo libre no se contradice con lo útil. Claro que no sabemos qué cosas incluyen bajo ese rubro. También la lectura o el cine

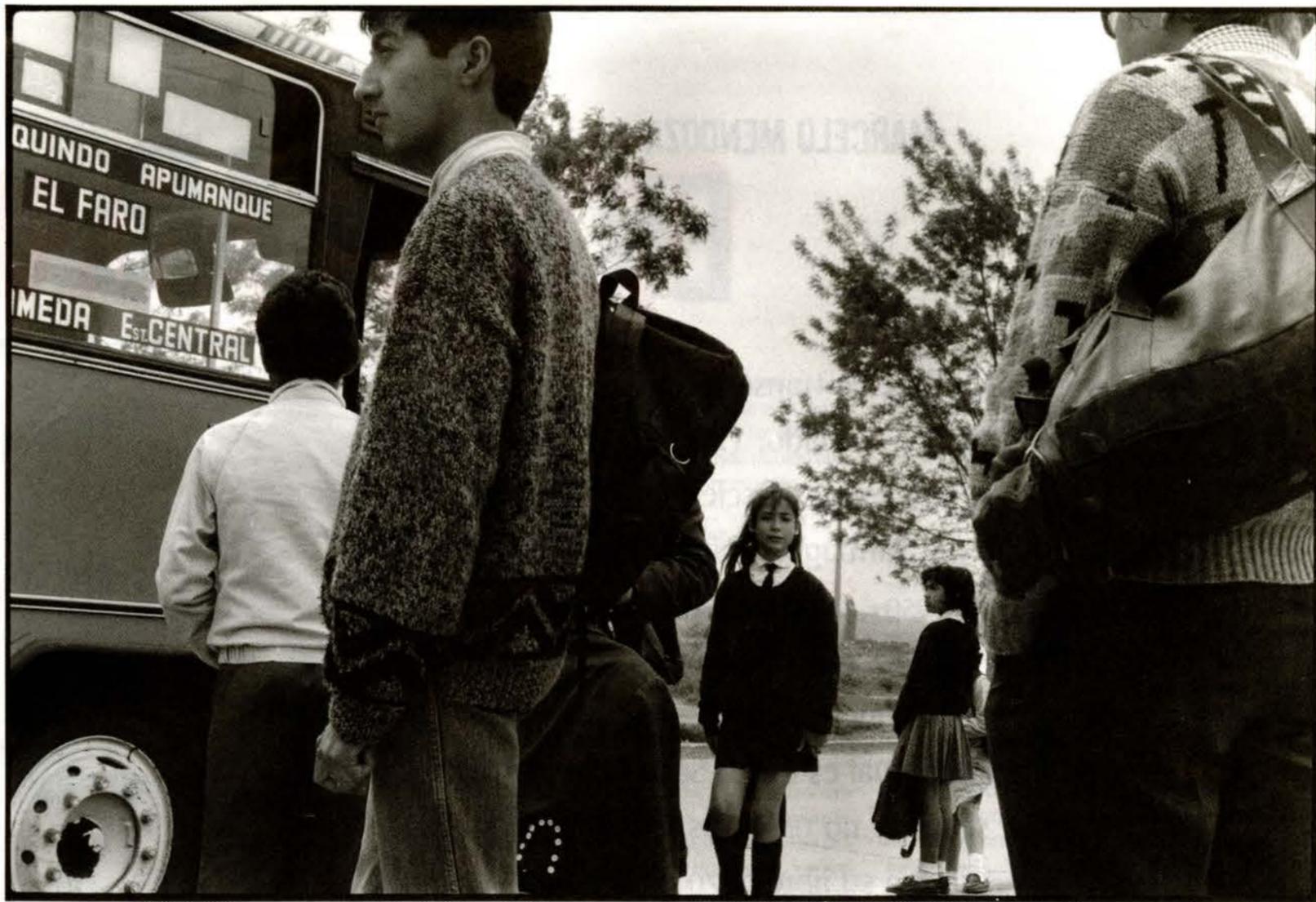
pueden ser de gran utilidad. De hecho, cuatro de cada diez encuestados declaran que estas actividades les ayudan a "desarrollarse como persona". En general, el denominado "consumo cultural" es bajo, salvo el consumo de televisión y radio. La televisión sería el único bien cultural para el 38 % de la muestra. En el otro extremo se encuentra un pequeño grupo

(10 %) que exhibe un alto nivel de consumo de libros, música, cine y museos. Preferentemente, son personas

de entre 18 y 34 años, hombres y de estrato medio-alto, residentes en Santiago. A bastante distancia se distingue un grupo de consumo cultural medio (27 %), circunscrito más bien a la compra de diarios y, en especial, de música. Aquí encontramos jóvenes entre 18 y 24 años, de estrato medio-alto y de Santiago. En suma, las cifras sugieren que, para la gran mayoría de las personas, las actividades propiamente culturales no suelen hacer el fuerte de su tiempo libre.

<sup>1</sup> PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 2002. Nosotros los chilenos, un desafío cultural.*

"Es ociosa una persona que no hace nada: no tiene ni una iniciativa, no trabaja y no piensa" (Bernardo, ingeniero)



Claudio Bertoni, 1996.

Mientras que un número significativo de individuos dispone de tiempo libre durante la semana, es menester presumir que la proporción aumenta los sábados y domingos. En realidad, casi nadie carece de tiempo libre. El 7 % de los entrevistados, sin distinción de género, lo usa para trabajar (alguien tendrá que atendernos en el paseo que nos gusta hacer a los centros comerciales). La actividad preferida para el *wikén* es salir de paseo, seguido de la televisión, el descanso y el deporte.

Esas preferencias hacen suponer que durante los fines de semana el ocio suele ser disfrutado en familia. Sabemos de la importancia que juega la familia para la gente. Dos tercios de los entrevistados (sobre todo mujeres, adultos jóvenes y población rural) indican que es con la familia donde mejor lo pasan; sólo los hombres jóvenes (16 %) tienden a privilegiar a los amigos.

Considerando esta afinidad, podemos acercarnos al difuso mundo del ocio, averiguando qué tipo de actividades se realiza en familia.

Fuera de las habituales, sobresalen dos asuntos de similar peso: conversar sobre problemas familiares (las mujeres) y ver televisión (los jóvenes). En bastante menor medida, se sale de paseo o se visita a parientes. Las dos actividades principales indican, a mi parecer, que el ocio anclado en la vida familiar tiende a compartir la ambivalencia que la caracteriza.

¿Qué significa la familia para los chilenos? Del Informe del PNUD se desprende una visión ambigua. Por un lado, ella ocupa un papel sobresaliente como lugar de descanso y apoyo. Frente a una sociedad vivida como una "máquina" ajena y hostil, los individuos tienden a replegarse en la familia como último refugio. Ello implica, por el otro lado, tales exigencias de cooperación práctica, apoyo afectivo y sintonía emocional que tienden a sobrecargarla. Recordemos, además, que la familia carga responsabilidades adicionales en relación a la salud, la previsión y la educación de sus miembros. En consecuencia, más de la mitad de los entrevistados, sin distinción de edad y de sexo, concluye que la familia sería una institución en crisis o fuente de tensiones y problemas. Esta evaluación crítica aumenta en la medida en que disminuye el nivel socioeconómico y, por ende, las posibilidades de amortiguar o compensar las demandas crecientes. Conviene tener presente este contexto para apreciar las dificultades con las cuales se topa el placer del ocio.

No crean que el ocio se disfruta más fácilmente en compañía de las amistades. La mayoría de los individuos encuestados define a la amistad como el ámbito donde puede compartir (51 %) o donde obtiene apoyo (37 %). Pero dicha valoración choca con la dura realidad. Ocho de cada diez personas declara que tiene pocos amigos o que no tiene. Las mujeres, los adultos mayores y la población rural suelen tener sólo conocidos. No sabemos si la ambigüedad entre la significación de la amistad y su vivencia concreta tiene efectos sobre el ocio. Sólo puedo decir que a mayor nivel socioeconómico del entrevistado corresponde no sólo un mayor círculo de amigos, sino asimismo más tiempo libre. ¿Acaso cambia la manera de disfrutarlo?

Pensando en el recelo que pueden despertar en Chile los placeres del ocio, incluso el miedo que tenemos a cualquier desborde de la subjetividad social, la noticia sería buena: a la "gente bien" le gusta expresar sus emociones para ser feliz.

Es claro que la encuesta ofrece una aproximación muy parcial, pero ella señala una dirección consistente. A mayor nivel económico-educacional de la persona aumenta también la tendencia a: comprarse ropa para "darse un gusto"; usar el tiempo libre para "hacer lo que yo quiera" y el consumo cultural para "desarrollarse como persona"; ver la familia como "ambiente en el que puedo ser como soy" y la amistad como lugar donde se puede compartir.

O sea: parece haber una manera más individual (más auto-conciente y auto-referida) de disfrutar en la medida en que la persona pertenece a un ámbito social más alto. En cambio, siendo que los más jóvenes suelen ser los más individualizados, no habría tal correlación según grupos etáreos.

Un apunte final. En mi experiencia privada, el ocio está estrechamente vinculado a la imaginación. Es la oportunidad para echarla a volar. Y la capacidad de imaginar alternativas -otro mundo, una vida diferente- no es un tema menor en la época de la globalización y de la mediatización de la comunicación social.

En el anterior Informe 2000 habíamos observado cierto bloqueo de los sueños colectivos. Más allá de las aspiraciones individuales, nos cuesta compartir anhelos. Me pregunto, entonces, ¿qué pasaría con el ocio en una sociedad que se atreviera a conversar sobre sus sueños? Tal vez tenga poco vuelo; más bien un vuelo a ras del suelo, sin alejarse mucho de la vida cotidiana.

**El ocio está estrechamente vinculado a la imaginación. Es la oportunidad para echarla a volar. Y la capacidad de imaginar alternativas -otro mundo, una vida diferente- no es un tema menor en la época de la globalización y de la mediatización de la comunicación social**

Sin embargo, nos dice el actual Informe del PNUD, la situación no sería tan chata. Al fin y al cabo, uno de cada cuatro entrevistados (especialmente individuos jóvenes, de Santiago y de estrato medio-alto) valora los sueños y la lealtad hacia ellos. Aquí se encontraría el mayor potencial para un ocio creativo. Por el contrario, un tercio de la muestra exhibe una visión normativa de la vida. Cumplir con su deber tiende a ser la consigna que guía a los adultos mayores, la población rural y personas de estrato bajo y medio-bajo. La gratuidad del ocio parece ser un lujo para ellos. En resumidas cuentas, los chilenos estarían disfrutando sus momentos de ocio de manera distinta. No siempre esa diversidad es un signo de riqueza. Más vale recordar que las personas disponen de muy diferentes recursos y oportunidades. En suma: priman condiciones desiguales para ser ocioso.

Norbert Lechner es sociólogo; miembro del equipo del PNUD que realizó el Informe de Desarrollo Humano en Chile 2002.

“¿Estar ocioso? Imposible, porque siempre estoy trabajando” (Don Juan, lustrabotas de calle Miraflores)

MARCELO MENDOZA

# EN EL BAR: UN APARTADO

La cita es inhabitual. La transcripción de ella es tarea inhumana. Es sábado, 12:30 del día, terminal autobusero de Valparaíso. Desciendo del bus que me ha traído desde Santiago y Pancho Sazo –vocalista del grupo Congreso–, acompañado de su infatigable yoqui, está ahí, tal como habíamos convenido. Lo inhabitual no es el puerto, aunque también lo es. Lo realmente inhabitual es que a Sazo se le ha pedido que sea él, y no nosotros, quien convoque a contertulios a su libre gozo para establecer un diálogo en donde la palabra ocio –en medio del ejercicio de ella– adquiera un papel explícito.

**A**caba de pasar Raúl Ruiz –me dice el hombre del yoqui–. Inmediatamente se me ocurrió hablarle en francés e invitarlo a nuestra mesa.

–Gran idea.

–Pero me demoré mucho en esa disquisición y ya se acaba de ir.

Rápido corrimos hasta la esquina por si su figura gruesa de bigote aún no se borraba del horizonte. Lo cierto es que ya se había borrado. Primera enseñanza: en los tiempos del ocio hay una relación inefable entre el no hacer y el hacer. Hay un momento en que si lo primero se prolonga en demasía, lo segundo se hace imposible. No todos los ocios son iguales. Hay ocios más productivos que otros. Sazo, tal vez con sentimiento de culpa, por un rato ocultará el percance con Ruiz al resto de los comensales.

En un par de minutos aparece Hugo Pirovich, músico también de Congreso, uno de los convocados por Pancho Sazo. Todo es muy raro porque estamos a la entrada del terminal, que a su vez está frente al mismísimo edificio del Congreso, que no es el grupo musical sino donde senadores y diputados de la república se reúnen para legislar. Es muy extraño bajarse de la micro interurbana y encontrarse de lleno con ese feo monumento. Cinco minutos más tarde asoma el tercer y último de los convocados por el vocalista: el también músico,

pensado. ¿Será posible transcribir un encuentro de este tipo, en el que se quiere ser fiel a la gratuidad propia de toda disposición ociosa? El hombre del yoqui no lo tiene claro. Tampoco el resto. Menos aún este transcriptor. Se decide rodear el edificio legislativo y aterrizar en el Bar O'Higgins, a menos de media cuadra.

–Aquí viene Enrique Silva Cimma –dice Coulon, refiriéndose al ex canciller, ahora senador designado–. Como buen radical, tiene olfato para elegir este tipo de cosas que son fundamentales. Yo estoy por rescatar los valores radicales. Si los radicales hubieran logrado crear una sociedad laica, habríamos logrado el máximo, pero no convencieron ni a sus mujeres, y tenían a los hijos en colegios de curas.

## Los contertulios coinciden en

forma plena. El Bar O'Higgins está hecho para encuentros de esta calaña, con una seguidilla de apartados, uno de los cuales se elige para proceder. También se elige vino y pichanga porteña, provista de pedazos de queso, arrollado y aceitunas.

Abre la cancha, como tiene que ser, Pancho Sazo:

–Una escena que siempre pienso es la siguiente: está el mar, hay una mujer caminando por el mar, hay una puesta de sol maravillosa, y yo tengo dos opciones: la primera es acompañar todo eso con una música bella, es la opción que está casi he-



Ese espacio no es respetado.

Habla Jorge Coulon:

–Yo terminé un amor, un romance, porque me había comprado recién un libro de un francés que se llamaba *Historia de las matemáticas*. Esta mujer chilena, recién llegada a Roma, me dijo: “¿Por qué comprai estas huevadas? ¿Las huevadas que leí?”. Y se me acabó violentamente el amor. Supe que no me conocía, que nunca me conoció.

Replica Sazo:

–Si tú haces el inventario de las cosas que has leído y que parece que no sirven para nada... Yo el otro día estaba viendo lo que conservo de mi biblioteca y encuentro libros tan raros y tan imbéciles. ¡No te sirven para nada, fuera del placer que te ha dado esa pequeña lectura! Tengo un libro sobre la medición de cráneos de Lombroso, no sirve para nada; es de lo que se llama pseudo ciencia, sin embargo yo lo leo y me río. Yo creo que a nosotros nos liquidó haber leído cuando jóvenes *El tesoro de la juventud*.

–Yo no lo leí –advierte Hugo Pirovich.

–¡Te salvaste! –le grita Sazo, y genera una carcajada general–. Ése era el libro de los por qué, alimento para el cultivo del ocio. Por ahí va la cosa. Todo eso que finalmente ter-

“¿Quién soluciona lo que conoce a medio mundo?”

“Yo una vez le planteé a Mauricio Redolés que él debiera ser mantenido por el Estado”

co, de Inti Illimani, Jorge Coulon. Tal vez habría que agregar que Pancho Sazo intentó que un cuarto invitado fuera un amigo suyo monje benedictino. Pero ciertas normativas propias de su condición hicieron imposible su asistencia.

Fuera de esta convocatoria, premeditadamente no hay nada programado. Será Sazo quien sugiera dónde sentarse en una mesa y cómo empezar. Pero él tampoco lo ha

cha; la segunda es poner una música que tenga relación a lo que está pensando esa mujer con respecto al entorno. Cuando nosotros vemos a todo ser humano, vemos lo que está haciendo, pero no vemos lo que está pensando. Yo creo que ahí nos falta algo de respeto con el otro de saber lo que piensa y lo que quiere. Muchos dicen: este tipo se pasa todo el día sin hacer nada, pero nunca le preguntan en qué está pensando.

mina siendo inútil se preserva y tengo la idea de que esto en la sociedad actual no calza con el posmodernismo. Yo pienso que la realidad se arma de otra manera: que es el *bric-a-brac*, es el bazar de la tienda de antigüedades, donde está todo y la mayoría de eso es lo que se llama inútil.

–En una entrevista para *Patrimonio Cultural* Hans Magnus Enzensberger habla de lo mismo: dice que el mundo es como un *patchwork* o un *collage*: retazos de distintas cosas que no tienen relación entre sí.

–Es el cajón de sastre –dice Sazo–. Es América Latina. La hibridez. Nosotros estamos hechos de retazos. Nosotros somos de todos lados.

ogios

# RTADO PARA EL OCIO



Claudio Bertoni, 1999.

—¿Y por qué Raúl Ruiz deja la escoba en Francia? —pregunta intempestivamente Coulon.

Pancho Sazo no puede contener su secreto:

—¡Y lo acabo de ver pasar! Pasó por aquí frente al terminal de buses y yo le iba hablar en francés. ¡Se me ocurrió invitarlo a esto!... ¡Y no le hablé! La embarré...

os problemas misceláneos? Los ociosos, porque son los que establecen relaciones diversas. El ocioso  
do. Te dice: lo que tú necesitas es hablar con tal persona. El ocioso es el sabio de la tribu" (Jorge Coulon)

## Después de algunos reproches, Pirovich pone la pausa:

—Ayer estaba en la universidad, viendo una obra de teatro sobre la droga. Había mucha gente. Terminó eso, y cuando me iba me encontré con Gonzalo, el de la radio Valentín Letelier, jazzista desde que nació. Estábamos conversando y aparecen unas niñas que venían de Quilpué. Una había sido polola mía el año 69.

—Muy buen año —estima Sazo.

—Entonces con Gonzalo —continúa Pirovich— nos acordamos de la época y nos dimos cuenta que teníamos pensamientos homogéneos escondidos. Hablamos de Quilpué, del teatro, de los carnavales y un montón de idioteces, y de repente se dijo: ¿Te acordai de una minita de la calle Caupolicán, una pelaíta? El otro dijo: me encantaba. Toda la juventud de la

época estábamos locos con esa mujer y nunca lo comentamos. Y después alguien pregunta: ¿y esa vieja que tenía el negocio tanto? Y todos habían visto a la vieja. Yo creí que en la época era el único que había reparado en ella. Entonces hay muchas cosas que son compartidas, pero que no son comentadas.

Una aceituna por aquí y una rellenada de copa por allá le remueve el recuerdo reciente a Jorge Coulon:

—Leí una entrevista al actor Phillipe Noiret. Le preguntaban: ¿Usted para qué trabaja? ¿Por el cine? No, dice, ¿sabe?, yo trabajo para concederme tiempo de no hacer absolutamente nada. El periodista le insiste: Pero es

el ocio creativo, del artista... Nooo, si yo no leo, soy un gusano, para mí esa es la mayor felicidad... Y no crea que no soy también feliz con mi trabajo. Yo cuando trabajo también soy feliz, pero estoy pensando que lo que voy a ganar en esa película cuánto tiempo de ocio me va a dar.

**El vocalista de Congreso entonces** hace memoria de su abuelo, Arnaldo Barison, el arquitecto de ese prodigio que es el Palacio Baburizza y de la Biblioteca Severín:

—Este viejito trabajaba, le pagaban y con eso vivía hasta el próximo trabajo. Mi abuela tenía que vender el piano, en fin. Su idea era trabajar lo necesario, o sea, no trabajar por la acumulación o el deseo de la riqueza. Ésa es la cosa del capitalismo. Las primeras asociaciones de burgueses, los gremios de los teñidores o de los laneros, pretenden asegurar la subsistencia de sus familias. Por eso se preocupan de que los nuevos miembros pasen por esta pequeña agrupación, por esta cofradía. Cuando aparece el capitalismo en forma fuerte, el universo es el destino: ya no es la propia pervivencia familiar.

—Es la utopía de que la mecanización va a liberar al ser humano y sin embargo no sucede así para nada —agrega el hombre de Inti Illimani—. Al punto que yo creo que la solución anímica al problema es mucho más barata de lo que se cree.

—Absolutamente —confirma ahora el flautista de Congreso—. Se me ocurre pensar qué sucedería si el Estado nos otorgara plata para que todos nos estuviéramos distraiendo todo el día. ¿Saben lo que pasó con el período isabelino en Inglaterra? Que se invirtió tanta plata que la Corona casi quebró, porque toda la Corte se pasó haciendo ópera y lo pasaron la raja, pero casi se fue abajo el país. En el período barroco, que se inicia en Italia, se empiezan a preocupar de una cosa que se llaman *los afectos*. Entonces a partir de esto, simbolizado en la música, la gente comienza a hablar mejor, y en la Corte se

tros todo. Somos una especie de cordero de Dios: cargamos con los pecados del mundo, pero también con las iras y con las alegrías. El problema es cómo se plasma eso: muchas veces nos resulta y muchas veces nos vamos a la soberana cresta. Huir de sí mismo es el gran problema humano, porque el ser humano nunca puede huir.

—Los espacios de la felicidad no son los espacios del éxito. Son espacios muy comunes —señala Coulon.

—Tal vez ese espacio común, esa cosa de encontrarse, hoy está muy relacionada con la plata. Hay pocas posibilidades de encuentro entre distintos. Ocurre que el mall se ha transformado en un lugar hipotético de encuentro. Y el encuentro es el espacio del ocio. Esta nueva plaza, el mall, le da una forma bastarda al ocio, pues lo sitúa en el escenario de la transacción utilitaria.

—Exactamente: así es la nueva plaza. Pero se puede reencantar el mall —sostiene Sazo—. Es como cuando las ciudades industriales se comieron a las ciudades de ferias. También se reencantaron. Hay que reencantar los espacios de los seres humanos. A todo nivel: pasa por la escuela, la empresa, el Estado...

## Arremete Pirovich:

—Creo que la deshumanización es el factor fundamental en lo que estamos hablando. En la universidad tenemos una carrera que se llama Medicina y por años con alumnos de los cursos superiores hemos tratado que la Medicina sea una actividad humanista, porque ya no lo es. Si analizamos desde el punto de vista del ocio, la antigua actividad del médico de familia incluye muchas horas perdidas, porque la mitad de la mejoría estaba basada en la relación paciente—médico. Ahora no. Ahora los médicos jóvenes no están ni ahí. Pareciera que la palabra eficiencia erradica el ocio, pero es falso: era mucho más eficiente el médico de familia que perdía tiempo relacionándose con el paciente sin vincular esta relación de un modo directo con la en-

preocupaban de eso y no de otras cosas. Era un sentido de la ética y de la estética que estaba impregnando todo el espíritu cortésano. Todo el período afectivo que hay, desde ahí en adelante, por lo menos en la gente que tiene plata, está en torno al placer. En Inglaterra se desarrolla el teatro, no pueden entender que los italianos hagan ópera, donde se diga cantando lo que se debe decir hablando. Y sin embargo todas estas Cortes eran económicamente florecientes. Se dedicaron a pasarlo bien. ¿Quién se preocupó de producir algo que no fuera en esa dirección?

## El continuo aterrizaje de todos en

el arrollado, tras un enorme bullicio proveniente del apartado aledaño, es el marco de fondo para lo que agrega Pancho Sazo: —Tal vez a todos nosotros nos gustaría estar en Bahía debajo de unas palmeras, o podemos hacer lo mismo en Las Torpederas. No es lo exótico lo que nos mueve, sino somos exóticos: llevamos adentro de noso-

fermedad. Es un buen ejemplo de la humanización. ¿Por qué triunfan programas como el del Rumpi? Porque hay montones de personas que quieren expresar cosas y en su familia nadie los escucha. Escuchar es considerada la actividad más ociosa de todas.

**Coulon:**

—Quiero reivindicar un espacio de ocio: la micro. En ese traslado, que puede verse como un tiempo perdido, se gana la experiencia de ir mirando el techo, de ver la gente que se sube, se puede pensar, leer, en fin: puras actividades gratuitas.

Pausa al grabador. Lapso aún mayor de distensión en la tertulia. Pancho Sazo es el primero en ir al baño. La señora camarera entra al privado con otra ración de pichanga porteña y un par de botellas de Santa Emilianita. En el vaivén de la faena del llenado de vasos, reaparece la barba del vocalista de Congreso. La grabadora vuelve a andar.

(Pancho Sazo)

Coulon les insiste a los contertulios, en medio del agradable fragor del momento, en juramentarse para que a partir de ahora iniciar tertulias semanales como ésta. Se trataría de citas entre amigos, pero la idea es vincularlas a temas específicos. Se hace carne el juramento. Sin falta, partirán el jueves de la próxima semana.

**–Yo creo que aquí debió haber habido alguna dama –reconoce el vocalista de yoqui–.** Nos habría llegado todo por otras huellas mucho más interesantes: las femeninas. Es muy extraño todo. Tú me invitaste y, desde el momento en que me diste el aviso de que yo armara este encuentro distendido para un número sobre el ocio, tuve la semana con más trabajo que he tenido en mi vida. Invité a mis dos amigos que están acá tal vez porque son lo que me hace falta. Uno con los amigos tiene esa cosa algo vampira, de amor por ellos y también de admiración. Para mí Pirovich es, desde la infancia, un tipo al que yo admiro por su manera alegre de vivir la vida. A Jorge yo, de más joven, lo veía en el escenario y sólo la vuelta a la democracia nos hizo reencontrarnos en un plano más de igualdad. Siempre lo he sentido como un cómplice. Es un hombre que conoce de amores. Esta mesa, me parece, es una mesa de complicidad. Y tal vez, hay que decirlo, no hay una fémina aquí porque no se me ocurrió alguna con quien distender esa complicidad ahora.

**Pirovich:**

–Hoy teníamos una reunión súper importante con Congreso en Santiago. Debíamos hablar de una gira con un formato de producción muy grande y ya ves: no estamos allá. Estamos aquí.

**Sazo:**

–Cuando yo venía para acá pensaba en el ocio como una especie de trampolín... La gente no piensa en estas cosas... Hay que ser ocio para pensarlo. Es como un repliegue que uno tiene para cargar baterías para el trabajo. Tal vez el trabajo más raro que hay es el trabajo artístico, y el trabajo amoroso. Lo contrario al ocio es justamente la cadena de ensamblaje de la industria capitalista. El ocio artístico, intelectual, es otra cosa: uno tiene que conversar, tiene que planear, tiene que descansar.

**–El trabajo en el fondo tiene que ver con una utilidad y tiene que ver con una remuneración; o sea, tiene que ver con la sobrevivencia. A lo mejor en rigor estricto trabajaríamos mucho también si estuviéramos trabajando en cosas gratuitas. A cuántas cosas inútiles le dedicamos una cantidad de horas impresionante, y qué esfuerzos también.**

–Yo una vez le planteé a Mauricio Redolés que él debiera ser mantenido por el Estado –dice Pancho Sazo–. Debiera haber personas en la sociedad que sean pagadas por el solo hecho de existir y crear. Así como se hace cargo de otras cargas menos felices como mantener a gente desfilando. El Estado debería financiar de una manera graciosa a los artistas, con la sola promesa de que ellos existan.

**Pirovich:**

–Pienso que eso no sucede porque el ser humano no tiene conciencia de la felicidad. Y todo trabajo debe tender a la búsqueda de la felicidad.

**Coulon:**

–Tal vez el error sea contraponer el ocio al trabajo.

### Desorden general. Otra botella anima la mesa.

Un comensal cuenta un chiste que no tiene nada que ver con el curso de la línea gruesa de la conversación. Eso da pie para otros chistes de otros comensales que tampoco tienen que ver. Se reitera la idea –por enésima vez– de que esta ocasión debe ser la inicial para periódicas nuevas ocasiones. Otra pichanga porteña –quesos, arrollado y aceitunas– es puesta sobre la mesa por la siempre gentil camarera.

–Nosotros trabajamos en una entidad pública. Estamos en la Universidad de Valparaíso –advierte Sazo, que también es profesor de Filosofía–, hacemos clases en un ambiente en el que no se entiende lo que es el Estado. Hay un compromiso con el viejo Estado, un Estado que esté preocupado justamente de los más débiles, de los tipos que debieran comenzar a soñar. Es una utopía cotidiana. Yo soy un apasionado de la filosofía. Si me dicen: elige entre música y filosofía, a lo mejor me pego un balazo para permanecer fiel a ambas. Pero hay otros amores también: la pintura, la arqueología, la antropología, en fin. El ocio, claro, es la madre de todas estas cosas.

**“Hay montones de personas que quieren expresar cosas y en su familia nadie los escucha. Escuchar es considerada la actividad más ociosa de todas” (Hugo Pirovich)**

**Coulon:**

–En eso se hace trampa porque el ocio artístico es parte del trabajo.

**–Me llama la atención que finalmente quienes están acá son tres músicos, dos incluso del mismo grupo. Es decidir.**

–Pero debo hacer una salvedad –contesta Coulon–: creo que no vas a encontrar tres músicos como éstos. Músicos menos músicos que nosotros no vas a ver.

–Somos músicos porque nos tocó y nos enamoramos de esta profesión. Pero es una parte nuestra –agrega Sazo–. Creo que los tres tenemos algo del *beachcover*, del *peinador de playa*, del tipo que parecía un vagabundo, pero un vagabundo con un cierto centro; el tipo que es difícil que uno vea en la primera fila a menos que haya que estar. Generalmente uno va de atrás, mirando de atrás las cosas. Nosotros estamos en la parte difusa de la foto, no en el centro. Ése es el ocio particular de cada día.

–Creo que elegimos la música como una forma de vida vinculada al ocio –completa Pirovich.

**Coulon:**

–Esto tiene que ver con el arte. Guillermo Núñez, el pintor, estaba en París, exiliado. Estaban los comunistas preocupados de que Guillermo Núñez no hacía nada. El compañero Núñez pintaba, pero en realidad no hacía nada. Entonces designaron a un compañero para ir a hablar con Guillermo Núñez. Él lo recibe en bata en la mañana. (*Grandes risas*). El visitante le dice: ¿Pero usted, compañero, qué hace? Chuta, yo no hago nada –contesta–, yo me rasco las pelotas, es que éste es un trabajo, compañero... yo no sé si usted lo entenderá... hago el amor con mi mujer... y de repente me pongo a pintar. Eso es todo lo que hago. Soy el perfecto inútil. El otro se fue sumamente desconcertado. Creo es magnífica la tentación de no hacer nada...

**Sazo:**

–Es lo que persigue todo hombre. Por eso la gente juega a la Polla, a la Lotería: para no tener que sufrir el afán de trabajar o estar acogotado.

**Coulon:**

–Pero hay que reivindicar el ocio como un valor en sí mismo. No sólo en función del trabajo. El ocio como valor absoluto.

**Sazo:**

–La gran mayoría de nosotros somos considerados trabajadores sólo cuando trabajamos en cosas que la sociedad considera como válidas. Este concepto arranca desde la idea de que lo ocioso debe ser castigado. El ocioso comienza a ser un tipo peligroso. Está en los extramuros de la ciudad, en los límites. Se estima que a ese tipo de gente hay que obligarla a ponerse en la fila, a ordenarse. Eso es lo básico para una sociedad organizada, bien pensante, que va a ver a las tribus, a todos aquellos nómades, como algo peligroso. Entonces el trabajo de, por ejemplo, un dueño de motel, no importa porque es un trabajo estable. Todas estas disquisiciones que podemos hacer alrededor de un vino en verdad ya están hechas. Aristóteles se podía dedicar al divino ocio porque había esclavos, pero nosotros hoy día nos hemos autoesclavizados: la sociedad de consumo te obliga a vestirse de cierta manera, a hacer ciertas cosas de cierta manera. Y está muy capa caída esta otra dimensión, donde el tipo tiene que pensar, soñar, amar, crear, vagar y que no tiene porqué recibir una recompensa inmediata. En algunas personas queda esa idea libertaria de que uno trabaja para vivir bien, pero no para traicionarse. O sea: uno no hace más cosas de las que tiene que hacer, pudiendo hacerlas; sin esa urgencia, urgencia que todos tenemos del deber pagar cosas y llegar a fin de mes...

Jorge Coulon expresa que el ocio no puede ser contradictorio al trabajo: cree que es complementario, que uno trabaja para ganarse el espacio del ocio –“si no, no tiene sentido”–, y que nosotros estamos en Chile tan liquidados porque se nos está imponiendo una matriz protestante sobre una sociedad profundamente católica que es muy distinta.

–En Roma la gente vive casi como los ecuatorianos –dice con propiedad, pues vivió, junto a todos los Inti Illimani, todo su exilio allí–. Roma es motivo de estudio por la OMS, porque es la capital donde la gente es más longeva. Roma es la capital del catolicismo, o sea, la del perdón de los pecados, de la condena de la usura, en que todo esto de ganar demasiada plata está mal. Los romanos además mueren felices. Me parece claro, en todo caso, que a nosotros en Chile no nos gusta trabajar –reafirma, convencido–. Aquí la gente hace un montón de trabajos y los hace con mala leche, con el cuchillo bajo el poncho. Ahí hay un problema filosófico respecto del trabajo y del ocio, que nosotros lo vivimos no sé por qué muy mal. Pero volvamos a los radicales: ellos tenían el punto de equilibrio. Es lamentable que se hayan perdido.

La última frase da para una serie de homenajes, al fragor del tintineo de las copas, a ese mundo extraviado.

–¿Por qué no invitamos a Silva Cimma el próximo jueves? –sugiere intempestivamente Pancho Sazo.

Se acuerda convidar a Enrique Silva Cimma a la primera de las tertulias que definitivamente se realizarán los jueves. Jorge Coulon, haciendo eco de su hibridez chileno-romana, llega a decir que el viejo político del Partido Radical se llevaría muy bien –“es un caballero”– con la Ciciollina, militante del partido homónimo italiano.

**Coulon:**

–El otro día con los Intis fuimos a Jerusalén; después a Italia. En los viajes pensábamos en que la cantidad de tiempo ocioso que nosotros tenemos es enorme, aparentemente, porque al final concentramos todo en una hora y media que dura el concierto. ¡Viajamos miles de kilómetros para actuar una hora y media!

**Sazo:**

–En el viaje tú no perteneces a nadie. Cuando estás suspendido en el aire, son 14, 18, 20 horas que no eres de nadie. El nómade yo creo que es un tipo que tiene una idea de ciudad pero que no la encuentra, esa es la idea. Es al revés de lo que dicen los historiadores, los antropólogos y los sociólogos, que el nómade es un tipo que no le da para ser ciudadano. No: sueña tanto una ciudad que no la encuentra nunca: ése es el nomadismo del verdadero ocioso. Él porta todas las ciudades y ése es el viaje.

**Coulon:**

–En el viajar hay un descubrimiento de que los lugares no existen.

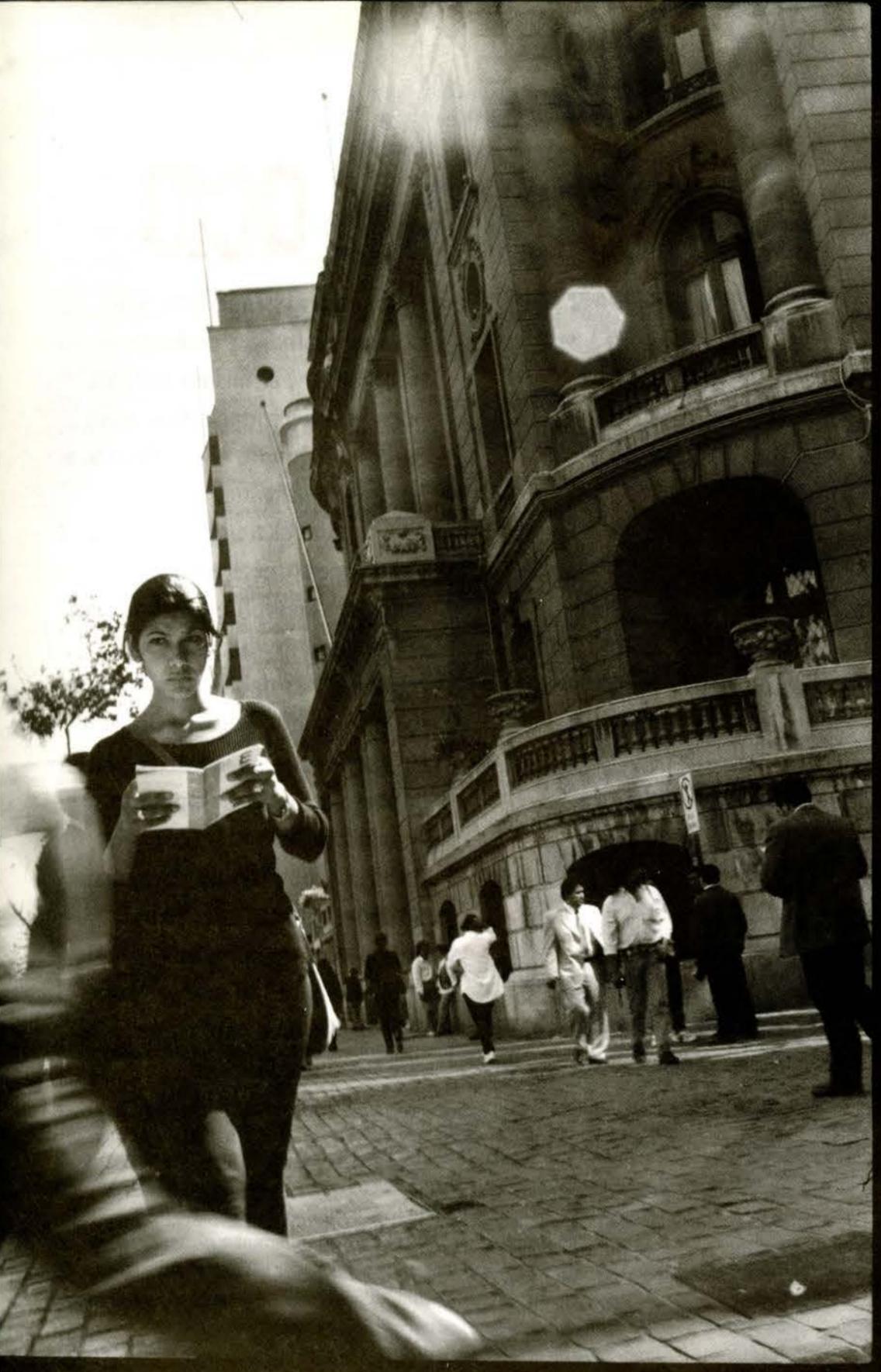
**Sazo:**

–Exactamente. Como las viejas ésas que llegan a Normandía y dicen: ¡pero si esto es igualito a Quilpué!

**Enormes carcajadas en nuestro apartado hacen inentendible** cualquier comentario sobre Quilpué y Normandía. El queso ya ha desaparecido de la pichanga porteña.

**–Aquí se ha hablado que ocio es hacer un hueco para desplazarse en el tiempo: el reconocido tiempo libre para pensar o mirar el techo. El viaje es un desplazamiento en el espacio que seguramente posibilita lo mismo en la gente. El viajero y el nómade tal vez son intrínsecamente ociosos y lo son porque se salen de sí, del entorno que marca la pauta.**

–Hay distintos tipos de nomadismo también. Soy gran lector de Phillip Roth –señala Coulon–. Él estaba muy relacionado con el nomadismo en el interior de la historia del imperio austrohúngaro, en que había gente muy distinta. Hay un nomadismo que se circunscribe mucho a un circuito determinado, se da en la trashumancia española ligada muchas veces al comercio del pescado o obligado a la pastorcía también. Esta gente



Claudio Bertoni, 1997.

va persiguiendo los pastos con su rebaño. Y es como un falso nomadismo, porque al final es un nomadismo en un territorio bien determinado, con itinerario preciso. Pero hay otro viajero que busca lo desconocido y que busca lo que no entiende y va más allá del límite.

–El tipo que se aventura más allá de la colina para ver qué hay –agrega Sazo.

–El viaje del trashumante no es ocioso porque tiene que ver con la utilidad. El otro viajero es un ocioso, pues no viaja porque le sea útil, al contrario: le es totalmente inútil. Creo que eso es la libertad. El ocio es un ejercicio que tiene que ver con la libertad y la aventura, con lo desconocido, y tiene que ver también con una suerte de desarraigo, desarraigo incluso del trabajo.

–Entramos en Lihn –descubre el hombre del yoqui:– “Nunca salí del horroroso Chile”. Esa es la gracia. Tú llevas tu mochila de tu cultura, de tu sociedad, de tu idioma, de tus miedos y de tus fantasmas, pero con la esperanza de que a lo mejor en alguna ciudad, sea Zanzíbar, Tombuctú, es donde uno podría criar sus nietos... Es fuerte cuando tú sales y caminas...

–¡Albert Camus! –grita Coulon.

–¡Gran valor! ¡Gran valor! –grita Sazo– ...Oye, este vino hizo muy bien. ¡Ahora estamos entrando! Tú has nombrado el truco de la libertad, pero otro truco para vivir es el humor. Y otro yo diría que es la condición de la esponja. Es empaparte con lo otro, con lo exótico, pero que en un momento dado pasa

a formar parte de ti: la ciudad que buscas de alguna manera ya la tienes.

**Coulon:**

–Pero al mismo tiempo las ciudades que encuentras te van moldeando y te van reformando tu idea original.

–Es un estado de apertura siempre –enfatisa Sazo–. Siempre te ocurre esto. El día que tú te cierras es el día que tú encuentras la ciudad y te momificaste, te moriste. Y aprovecho de decir que nosotros te agradecemos a ti este momento prístino en que nos podemos juntar a hablar, porque yo creo que estamos sacando afuera cosas.

**Coulon:**

–Estamos viajando al interior de nosotros mismos y ahí está el ocio. Esa es la maravilla del ocio, porque ya incluso viajar de alguna manera es medio banal. Pero las posibilidades de viaje que tiene cualquier ser humano son infinitas y son fantásticas. Yo conozco un cabro, que lo vamos a invitar a nuestras tertulias de los jueves. Es un muchacho de Curepto que se le ocurrió descubrir a un poeta de Curepto que se llama Pedro Antonio González, que fue una especie de Marinetti chileno. Este cabro de Curepto es un tipo fantástico y se fue a Talca y de repente llegó a Santiago, es un tipo genial. Se acaba de ganar finalmente un Fondart para hacer un evento sobre Pedro Antonio González en Curepto y ese tipo ha viajado mentalmente, porque siguiendo a su poeta se ha identificado con la época y ya sabe de Marinetti y de todos los modernistas.

Hugo Pirovich aprovecha, en medio de interrupciones propias de una mesa distendida como ésta, de contar un chiste a propósito de la identificación de las personas con sus momentos:

–Una mujer va atravesando la calle, pasa un camión y muere. Llega obviamente al cielo. Entonces le dice a Dios: “Ansiaba este momento de estar frente a ti. Yo estoy ilusionada porque la muerte ha sido la verdadera felicidad”. “No”, le dice Dios: “olvídate. Tú tuviste un accidente. Te voy a dejar en la UTI cinco días y vas a volver. Tienes 40 años más de vida”. “Pero Señor...”, protesta ella. “No, no, no, te faltan 40 años, ándate”, contesta él. Estuvo diez días en la clínica. Se va para la casa y le cuenta al marido: “Dios dice que voy a vivir 40 años más”. Entonces finalmente ella decide aprovechar el tiempo. Se hizo una cirugía estética a los pechos, se subió un poco el traste, eliminó las arrugas. Quedó increíble. Salió de la clínica. La dieron de alta, se va por la calle y un gallo le grita: “¡Mijita rica!”. Ella se da vuelta y ¡paf! la agarra un auto. Queda muerta. Se va por un túnel al cielo. Llega sumamente enojada. “Pero Dios”, alega, “tú me dices que me quedan 40 años más y resulta que ahora que estoy bien aperada me doy cuenta que me has mentado porque yo me preparé para vivir 40 años más, tú me autorizaste: el padre de la humanidad me autorizó a vivir 40 años más y ahora estoy aquí porque he muerto”. Dios la miraba con mucha extrañeza y ella seguía protestando. De repente, Dios se toma la cabeza con las dos manos y dice: “¡Es que no te reconocí, pus cabra!”.

Enormes risotadas marcan una leve pausa y Pirovich agrega:

–Entonces yo creo que a muchos de nosotros nos pasa eso. Uno aparenta ser de una manera y quiere ser de otra.

### Se lanzan sobre la mesa un par de chistes más.

Jorge Coulon consume el último arrollado de la pichanga porteña, en el preciso instante en que vuelve a intervenir el vocalista Sazo:

–Si yo fuese un tipo trabajador me habría perdido el viernes santo de haber ido a la Crucifixión de Cristo. Me habría perdido la entrada a Roma de Julio César. Estoy hablando de lo público. También me habría perdido el ruido incesante de las personas que viven conmigo. O sea: un tipo que no es ocioso se pierde la vida que está a borbotones al lado de él. El tipo que no es ocioso no es testigo. Pasa de lado. Piensen en cómo uno se enamora. La compañera o las compañeras que uno ha tenido o que pueda tener las encuentra en el ocio. Estar enamorado implica deambular en un estado de ocio.

**Coulon:**

–¿Quién soluciona los problemas misceláneos? Los ociosos, porque son los que establecen relaciones diversas. El ocioso conoce a medio mundo. Te dice: lo que tú necesitas es hablar con tal persona. El ocioso es el sabio de la tribu. Porque establece las relaciones en las horas de no-trabajo. Y esas horas son multifacéticas, no como las horas del trabajo. –¡El peñador de playa! –exclama Sazo, incontenible.

Pirovich, siempre más pausado:

–Yo pienso que la mayoría de los seres humanos que están imbuidos en las pegas no tienen tiempo para conocerse a sí mismo. Nosotros como seres humanos no tenemos conciencia de lo que somos. De lo que se trata es de *darse cuenta*. Hacíamos un ejercicio con unos profesores en la universidad de tomar conciencia: tomar conciencia de la respiración, de la sístoles y el diástoles del corazón... Reparar en el dedo, en el hombro... Les decíamos a los alumnos: “Salgan de aquí y váyanse contando los pasos que hay hasta la micro; súbense a la micro y vean cuánto tiempo tienen de conciencia”. No la tienen. ¿Cuándo un hombre tiene conciencia? Cuando se mete en algo o cuando le interesa algo.

Pero para que le interese algo debe disponer del tiempo para divagar acerca de qué le resulta interesante. Eso no puede hacerse en otro tiempo que no sea el del ocio. Si la vida se te va en el trabajo es imposible tener la oportunidad de saber algo tan básico como es aquello que te interesa.

–Aristóteles y Jenofonte sitúan el tiempo del ocio no como el tiempo para uno, pues la idea de individuo en ellos no cabía, sino como un tiempo social y por tanto el tiempo para la política es considerado un tiempo de ocio. Para ellos no es un tiempo de ensimismamiento, sino de convivencia. Eso es muy interesante porque hoy día a nadie se le ocurriría pensar que el espacio natural de la política es el ocio.

–Es muy interesante esta idea de que el ocio está ligado fundamentalmente a la sociabilidad –dice Coulon.

**Sazo:**

–Exacto. Entonces yo creo que hay posibilidades de lograr cosas que los griegos ni con LSD soñaron. Yo creo que en América Latina y especialmente en Chile tenemos todo por hacer. Cuando me refiero a todo, me refiero al sistema económico, al sistema político, religioso, cultural. Porque somos un pueblo joven y, a su vez, muy viejo, porque también somos sobrevivientes de todos los que partieron al principio. Ahora, lo de Aristóteles es muy válido en la sociedad clásica. Aristóteles es un tipo que está hablando desde la perspectiva de un extranjero en Atenas, y quiere además cooperar a esa idea de todo lo grande que puede ser la política. Yo diría que no hay más vida para los seres humanos, a pesar del vivir en la cotidianidad más rigurosa, que tener que estar siempre reinventándose. Podríamos olvidarnos de los libros. Hay un salto obligatorio, no se sabe para dónde. Fíjense lo que dice Tomás Moro: la *utopía*... sin *topos*, sin suelo; es móvil. Esto que no tiene suelo es justamente lo que liga lo humano, y probablemente nosotros vamos a terminar, dice Levi Strauss, como el hombre desnudo, pero lo que no tenemos que olvidar es a vivir, vivir con lo más precario, lo más terrible y lo más inmediato, que tiene que ver con tu cuerpo, con el diástoles, con el sístoles, con la amistad, con besar una cara.

### No queda una aceituna. Ni vino.

Han pasado cinco horas. Llega la cuenta. Se paga. Nos dirigimos al terminal de buses: me acompañan a emprender mi retorno. En el corto recorrido los músicos hacen los primeros ajustes para la cita del próximo jueves. Es un hecho. Se han olvidado de mencionar a Silva Cimma.

# EL TRABAJO Y SUS MICROESPACIOS DE OCIO

JUAN CARLOS MUNIZAGA



Claudio Bertoni, 1996-2000.

Todos sabemos que este país tiene altos índices de horas trabajadas y, al mismo tiempo, poca productividad. ¿Qué pasa en el trabajo que el rendimiento laboral no satisface las metas que supone el tiempo empleado? Cabe preguntarse entonces si todo ese "tiempo empleado" es efectivamente "trabajo realizado". Es dable responder de forma negativa a esta cuestión. Un factor que incide de forma importante es el tiempo que se "gasta" en ocio al interior del trabajo, y que siendo consensual no tiene normas explícitas; siendo una regla no hay ley que lo prescriba, es lo que se "hace" pero nadie dice explícitamente que haya que hacerlo.

Estos microespacios de ocio se presentan como una ralentización del tiempo dedicado a la producción y es el pase para experimentar otro "tempo" que tiene que ver con la mera contemplación, en donde el trabajo sencillamente no ocupa lugar. Este ocio es más o menos un descanso, la puerta abierta para experimentar una sociabilidad muy distinta en el mundo de la labor.

Algo de este sentido se cuela en el dicho común planteado a la política "al final, da lo mismo por quién votar, igual hay que trabajar", como si el trabajo fuese una carga impositiva externa que más tiene de demonio que hay que exorcizar que la expresión de un mundo interno de la persona. Estos ratos de ocio *intralabor* son un modo de exorcizar esta carga negativa del trabajo (y cómo no escuchar aquí cierta letanía indígena por el paraíso perdido).

Aquellos modos de ocio generan un microespacio que tiene una densidad cultural y, por ende, un sentido muy diferente del que se desprende de manera natural del espacio social del trabajo.

## Por ejemplo, el tiempo dedicado al "cafecito",

que es un momento personal y al arbitrio del o de los participantes de este rito. Por lo general dentro de las empresas este momento no está claramente estipulado y suele realizarse para dar rienda libre a una suerte de estado de ánimo más relajado y distendido que el del empleado en la tarea. Allí suele estar presente alguna anécdota o comentario que hace feliz a los participantes de este rito, y que también puede emplearse para criticar a algunos miembros de la oficina y cuyo tenor jamás será planteado explícitamente en alguna reunión. No es aventurado plantear que en este rito la persona está cabalmente más plena y expuesta que en los tiempos dedicados a la labor.

Entonces esta búsqueda del "cafecito" no es sólo un intermedio desinteresado en medio de la labor, sino que una zona para recomponerse vitalmente y enfrentar de nuevo el "hay que volver a trabajar", donde dejará de planear el deseo hasta la próxima oportunidad de escaparse a otro "cafecito". Este momento ritual, que puede repetirse a lo largo del día y que tiene variada duración, habla de un rato de ocio que es un pasadizo hacia otro lugar, donde circulan ideas y emociones que no necesariamente se recuperarán en el tempo de la labor productiva.

Asimismo, que el ocio dentro del trabajo permite una recreación más libre de la persona y la libera de sentir el trabajo como una carga, se experimenta a cabalidad en el famoso "sacar la vuelta", que parece ser no otra cosa que "volver a sí mismo" después de experimentar la *ajenidad* de tra-

bajar. Como si la persona no pudiera esperar volver a su hogar para sentirse nuevamente disponible al mundo, sino que debe realizarlo en medio de la tarea productiva, a modo de indicar algo así como lo injusto que implica dedicar el tiempo personal a otros, aun cuando sea por algunas horas. Por ende, este "sacar la vuelta" nace menos de la urgencia de realizar alguna "diligencia" que de recordar de manera rebelde que el tiempo es necesario vivirlo para uno para sentirlo propio, porque el tiempo dedicado a la tarea genera pérdida de sentido dada la escasa posibilidad de expresar "lo propio" de sí mismo.

## No es muy difícil percibir

que la persona que "saca la vuelta" tiene en ese momento una idea más feliz de sí mismo que el resto de sus compañeros de labores, porque precisamente están en sus tareas. Este rato de ocio le devuelve a ella la sensación de ser más plena y, por qué no, más poderosa que los demás y no muy lejos de la sempiterna gracia de ser más "viva" que el resto, porque aprovecha instantes para sí en circunstancias que le están pagando para dedicar sus tiempo a otros.

Otra expresión de este ocio que no tiene continuidad con el trabajo es aquel que nace en las "conversaciones de pasillo", cuando los oficinistas se encuentran de improviso en medio de un ir a otro lugar. Es allí que se instala el espacio del diálogo y de disfrutar de una conversación que se propone como la "espalda" de lo que realmente acontece en medio de la rutina laboral o meramente abrir una ventana hacia otro sitio, más propio del placer que de la "obligación" de trabajar. Esta conversación de pasillo, por lo regular, instala un decir más propio de la oralidad de la calle que del habla formal del trabajo. Es aquí donde impera la palabra precisa sobre el otro o lo que se hace, sin temor a proponer, al mismo tiempo, un juego escatológico, donde lo divertido de la palabra entra en alianza con la justeza de lo dicho, lo que entra en conflicto con la aparente imposibilidad de ser preciso mediante el habla racional del mundo laboral.

Por eso estas conversaciones de pasillo, en tanto momentos de ocio, se experimentan como una válvula necesaria ante lo que sería el corsé racional de las exigencias laborales.

No obstante, también en medio de plena labor es posible que las personas giren hacia ratos de ocio y, esta vez, sin ninguna marca de ser precisamente tiempo libre.

Este es el momento de ocio paradigmático dentro las oficinas, porque no es individual sino colectivo, y una de sus raíces es una ya histó-

"Para mí no existe el ocio: es una pérdida de tiempo" (María Angélica, corredora de propiedades)

rica incapacidad cultural para enfrentar los conflictos que se derivan de posiciones antagónicas (algo que, por ejemplo, debiera ser natural en la esfera del trabajo) y, por lo tanto, sublimarlos en un consenso artificial (propio de los microespacios del ocio).

### Es posible observar en la típica reunión de trabajo

de cada día un intenso movimiento, derivado de la necesidad de resolver alguna tarea o tema pendiente. Es incluso probable que se informe en tal reunión que ésta tendrá un carácter urgente y, por lo tanto, que requiera de respuestas rápidas. No obstante, en algún minuto, producto de una determinada frase de la reunión, alguien comenta algo que no tiene nada que ver con lo que es el tema e, inmediatamente, todo el grupo presente en la reunión disfruta de una tertulia en torno a aquello que ha irrumpido de improviso en plena discusión laboral. El *tempo* de ese espacio adquiere entonces toda la calma y espontaneidad que antes no tenía y las personas se disponen a este microespacio de ocio, dejando para un poco más tarde la continuidad de lo que convocaba a esta reunión.

Entonces la pregunta que cabe hacerse es ¿para qué es necesario este rito de jugar dentro del trabajo?

Lo central es que precisamente estos ratos de ocio dentro de las reuniones refieren a que coexisten en un mismo espacio: lo serio asociado al trabajo y el juego asociado a esas conversaciones libres que se hacen dentro de la reunión. No existe continuidad entre uno y otro, porque no es fluido el paso de un estar a otro. Se puede percibir dentro de la misma reunión cómo cambia la atmósfera cada vez que se pasa del tema trabajo a este microespacio de ocio.

### Descansar en el trabajo, laborar en el tiempo de descanso, parece que fuese una fórmula para manifestar que esta sociedad puede presentarse como moderna

El rito entonces se entiende como la necesidad de que estos microespacios generen un suficiente nicho de confianza para que la reunión se mantenga dentro de unos límites en que es posible señalar “estamos todos iguales”, y las posibles diferencias que provienen de nuestro juego de roles laborales no sean tan sustantivas como para hacer olvidar que antes que nada somos parte de un consenso.

Esta igualdad simbólica que logra generar estas conversaciones libres y a título de nada permite que los acuerdos que se alcancen en las reuniones sean legítimos para todos.

Por eso este rito, para evitar que las personas se asuman individualmente, en forma singular, e incluso, se puede afirmar, dramáticamente autónomas. El rito de este ocio les permite reconocerse como partes de una misma identidad, de un mismo juego para entender las cosas, que son partes de un todo del cual no se han desprendido para ser arrojados individualmente a la existencia.

### Lo que este rito tan cotidiano en esta parte del mundo

indica es que aún el juego comunidad-individuo no se ha desarrollado como para que ambos tengan sus propios espacios. Es tan fuerte la presencia de una comunidad centrípeta que sus miembros requieren de ritos y metáforas simbólicas muy fuertes para subsistir a la presión de la modernidad por constituirse como sujeto.

Los ratos de ocio dentro del espacio dedicado al trabajo son precisamente la respuesta comunitaria ante una exigencia de plena modernidad en la que se necesitan individuos performativos y abocados a la tarea, y que pueden discriminar en el tiempo los momentos de ocio y de labor.

Esta respuesta comunitaria, en cambio, satura de ratos de ocio el espacio para producir, como si indicase con esto una suerte de mecanismo de defensa ante una petición de la que no se desprende tanta legitimación, como si el trabajo debiese ser también un momento para el juego, y sea allí donde la persona pueda realizarse plenamente.

Porque también esta búsqueda de ratos de ocio en medio de la labor tiene su contracara en que actualmente es muy de buen tono seguir trabajando en la casa. Es bien visto si acaso el tiempo oficial de ocio es inundado por tareas y cuestiones laborales. Es en este momento que la persona se convierte en “trabajólico” y, con ella, llevaría la batuta como agente de la actual modernidad.

Descansar en el trabajo, laborar en el tiempo de descanso, parece que fuese una fórmula para manifestar que esta sociedad puede presentarse como moderna manteniendo a su vez el “pathos” de una convivencia en la que perviven prácticas subterráneas a la modernidad.

Juan Carlos Munizaga es sociólogo.

“La palabra ocio me sugiere Hocico. Todavía sigo pensando: ¿cómo sacarme el trabajo de encima?

(Svenka, sicóloga)



S. BERMÚDEZ DE CASTRO

# La indolencia

**En medio de una sociedad activa**, que se bulle sin saber por qué, sin saber a donde vá a parar, ni si va a parar a alguna parte, se encuentran algunos entes felices que, como la oruga en la rama del sauce, ven pasar las hojas y los troncos llevados por la corriente del río, sin deseo de confiarse a la inestabilidad de las olas. En su dulce y contemplativa soledad, miran desprenderse de su lado a la multitud de hombres que llegan y pasan corriendo, buscando la felicidad que tal vez han dejado atrás en su camino. Corren sin embargo, porque su organización se lo manda; porque la quietud los devora y porque su imaginación les pinta lejos, mas lejos cada vez, palacios encantados, mansiones fantásticas que desean alcanzar y que tal vez alcanzarían si la muerte no les arrebatase en la mitad de su carrera. Entretanto nacen y mueren otros en un mismo lugar; como los goces y sus esperanzas están en su mismo corazón, nada tienen que ir a buscar en tierras apartadas: pensar y dormir, hé aquí su vida; vida grande, completa, infinitamente variable, y que critica sin embargo la jente activa y sensata llamándola perezosa e indolente.

**¿Hay algún mal en la pereza?** Yo creo que no: nunca es más feliz el hombre que en ese estado de abandono, cuando sueña despierto y levanta castillos sobre castillos en su risueña imaginación (...)

La naturaleza como una amante y celosa no prodiga sus placeres al hombre mas que en la soledad y en el silencio. Pero es lástima que la realidad de la vida venga a despertarle de sus sueños encantados. Para esas imaginaciones sin embargo no hai remedio; y el hombre que al verse solo en el campo o en las playas de la mar halle un deleite infinito en el ruido de los árboles, en el murmullo de los rios, en los ecos melancólicos de las olas, el que distraiga sus miradas en la contemplación de una torre, de una vela que pasa como un ave en el horizonte: el que entonces no se acuerde ni de sus amigos, ni de los pleitos, ni de sus trabajos, ni de los periódicos, ni de las cuestiones políticas, bien puede ponerse en cura, u ocultarse a las miradas de la jente sensata, porque el dominio de la indolencia ha tomado ya asiento en su corazón.

[El Semanario de las Familias, N° 1, Valparaíso, julio de 1847]

GASTON LAGOS ORBETA

## El mal de Chile: la ociosidad

De 5.237.432 habitantes que tiene este país, trabajan como obreros y empleados 1.304.000 personas, agregando a éstas los profesionales, los estudiantes, los patronos que trabajan, las dueñas de casa y los demás elementos que desarrollan alguna actividad útil, podemos calcular con mucho optimismo, en dos millones la población trabajadora, en tres millones los ociosos hábiles y doscientos y tantos mil los ineptos.

**Esa enorme masa de gentes ociosas**, se compone de: cesantes, vagos, delincuentes, ramerías, desertores escolares, rentistas, jubilados, jóvenes y niñas que viven a costa de sus familiares, propietarios, flojos, etc.

A éstos hay que agregar los ineptos por vejez, enfermedad, invalidez, etc. (perdónese que coloquemos a todas estas gentes en una misma lista, ya que el tema así lo requiere). Tenemos entonces, un total de más de dos millones y doscientos mil individuos que viven sin ser útiles a la comunidad.

Pero esto no es todo. De los dos millones que desarrollan actividades beneficiosas para la colectividad, solamente, unos OCHOCIENTOS MIL son productores directos y son por lo tanto quienes tienen que dar pan, techo y abrigo a 4.437.432 personas que constituyen el resto de la población total.

Mas la flojera de los adultos ha contaminado a los niños. De más de un millón de estudiantes que deberían ingresar a la Escuela primaria, 6.26.831 ingresaran al primer año y llegan al sexto solamente 30.451. Dejemos a los pedagogos que solucionen este problema.

**En cuanto a supresión** de los tres millones de ociosos hábiles, proponemos lo siguiente:

- I. Prohibir la jubilación, antes de los 30 años de servicio y antes de los 50 años de edad, salvo casos muy justificados por razones de salud, vejez o invalidez.
- II. Creación del Servicio del Trabajo para obreros y empleados cesantes a fin de procurarles ocupaciones de aprendizaje, enseñanza profesional y un salario de emergencia. El número de horas que se les ocupare debería corresponder a ese salario.
- III. Creación del Servicio Altruista para procurarles puestos y funciones, al servicio de la comunidad y sin remuneración a los desocupados no cesantes (jubilados, rentistas, hijos e hijas de familia que no necesitan trabajar, etc.) se les ocuparía por no más de diez horas semanales.
- IV. Mayor participación del Ejército en la producción nacional y en la preparación cultural y técnica de los conscriptos.
- V. Esas u otras medidas se deberían tomar para acabar con la ociosidad de tres millones de personas en este país de poco más de cinco millones de habitantes, debido a lo cual nos debatimos en la miseria, pudiendo ser una de las naciones mas prósperas y felices del mundo.

**Al respecto, no hay discusión posible.** El mayor mal de Chile es la ociosidad y el mejor remedio para sus males es el trabajo obligado para todos sus habitantes. El Gobierno que realice este ideal será el mejor de los posibles, cualquiera que sea su régimen. En cuanto a la democracia, será perfecta cuando en ella no existan parásitos sociales. Eso es todo.

[Diario La Nación, presumiblemente año 1930]

“Los ociosos son los que tienen plata porque es la gente que sale a vitrinear. Pero eso debe aburrir también” (Mari, 54 años, empleada doméstica)

# “El joven aristócrata

se malogró por la riqueza y el ocio. Dedicó su existencia al placer, a viajar, a divertirse. La familia le adquiriría el título de Diputado y eso bastaba... Era la patente del dominio. En la capital o en las provincias, muerto el jefe del hogar, los herederos de las grandes fortunas y de las grandes haciendas, utilizaban el teléfono, según la observación de Mariano Latorre, para llamar a sus mayordomos y consultarlos, desde las mesas del Club, acerca de los detalles de las faenas agrícolas o, bien, antes del teléfono, una vez por semana iban en carruaje al fundo y regresaban por las tardes, y penetraban a la ciudad por la calle principal del pueblo, al trote de los cuarterones en medio de la expectación de los paseantes que se decían unos a otros: “es el hijo de don José María que viene del fundo...”. Y hasta la otra semana no se repetía la inspección de los trabajos.

**El goce arruinó lentamente a casi toda la aristocracia y las grandes especulaciones del salitres o de la Bolsa elevaron familias oscuras y abatieron a otras en medio de la áspera irritación de los espíritus”**

[Domingo Melfi, de Sin brújula, 1993]

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

## Diversidades del ocio

No sé si han leído aquí *La teoría de la clase ociosa*, por Thorstein Veblen. El ocio es algo bastante complicado y no voy a filosofar, sino a recordar hechos y lecturas. Aníbal Jara, que escribe cada vez mejor, nos ponía en guardia respecto a la creciente cantidad de ociosos de toda clase de nuestra tierra. Vivió en Estados Unidos, donde no se puede ser ocioso. Escribí hace un tiempo sobre la flojera nacional, pero no recuerdo bien lo que puse. Cada día uno evoluciona.

### Ociosos estériles son los proyectistas

y los lateros de cantina, sin oficio ni finalidad. Conozco un tipo de pequeño rentista ocioso que es el *raté* perfecto. Este individuo critica cuanta actividad se le pone delante, y hasta hace poco leía mis artículos para apuntar errores, las faltas gramaticales y a veces las contradicciones.

El cincuentón de mi referencia se preparó desde la niñez para ser un coloso; estudió idiomas, hizo ejercicios gimnásticos y fue a Europa a seguir un curso en la Sorbona. No ha publicado nada ni ha figurado en nada con *esprit de suite* precisamente porque todo le parece mediocre y espera su gran hora. Yo espero ver sus funerales, y estoy seguro que se irá de este mundo sin dejar huellas. Algunos creen que esto es el ideal de los cristianos. Yo no. Me parece que debemos ensayar cualquier cosa y renovar los ensayos aunque cometamos errores y nos demos costalazos.

Hay otra clase de ociosos estériles. Una noche me retiraba a mi domicilio cuando vi a tres individuos que hablaban mal de la patria en un mesón de la fuente de soda, en que no hay soda. Bebían Pilsener y fumaban. —Este país de tal por cual...

Las fuentes de soda de la Plaza de Armas no cierran. A la mañana siguiente, cuando salía de mi domicilio, lavado y bien dispuesto los mismos individuos seguían alacranando en el mismo mesón. Habían envejecido murmurando:

—En este país...

Como dice Jara, con gente así no se puede producir, y el conjunto numeroso de seres parecidos hace a este país... No es el burro el malo sino el arriero...

Visité hace años un fundo cuyo patrón se levantaba a la una. El mozo tenía orden de no despertarle antes de la una. Su mujer, una gorda muy alegre, llegaba todos los días a la mesa un poco tarde y empezaba a contar los sueños que había tenido, con voz lánguida:

—Fíjate que estaba en Londres y veía un muelle bien negro, cuando de repente apareció mi papá vestido de

soldado... ¿Qué querrá decir ver a una persona vestida de soldado?

Durante la tarde el agricultor leía novelas de Pittigrilli; después cabeceaba en una poltrona. En verano se trasladaba a Viña del Mar.

Eso se llama ocio estéril. Un agricultor no se puede conducir así. El mundo actual decretó deberes para los terratenientes. Hay de otra parte gente que trabaja dentro del ocio aparente: los filósofos por ejemplo. Unamuno recordaba lo siguiente: el primer hombre que se puso a mirar al cielo y a notar los movimientos del sol y de la luna era un ocioso. Otros hombres hubieran sido más útiles para el mundo en la ociosidad. Tales fueron el Gengis Khan, Atila, Napoleón, Bismarck, Guillermo II, Gobineau, Mussolini, Hitler y tantos otros.

### Mi ideal consistiría en vagar eternamente

por la tierra observando, anotando mis observaciones y poniéndolas en un fichero. Mi ideal sería poder vivir como el Larry de la última novela de Maugham, *The Razor's Edge*. Este joven, poco antes de comprometerse en Chicago, sale a París. Le preguntan con qué objeto y responde:

—*To loaf.*

Sus íntimos quedan estupefactos. Más tarde le encuentran en París, de gorra y sin corbata. Vive en un barrio bajo. Pero aprende algo. Aprende cristianismo de verdad y yoguismo. Más tarde ocurre el *Krach* de todos los negocios norteamericanos: 1929, Larry ha salvado su alma y su pequeña renta.

De otra parte las mejores creaciones literarias son hijas del ocio y de la contemplación. Un hombre inteligente trabaja con apariencias de inacción. Cronin se hizo novelista en su lecho de enfermo.

Hay personas que parecen ociosas o inútiles y en realidad no lo son, como los snobs, poniendo por caso. El snobismo internacional auxilia poderosamente al enorme comercio de frivolidades, de antigüedades y de arte excéntrico. Sin los medios en que imperan los snobs poca gente pagaría cinco mil dólares por un cuadro de Picasso. Los snobs, siempre rodeados de millonarios, hacen creer a éstos en el talento de los artistas de vanguardia y así promueven actividades de subsuelo social elevando al poder a bohemios y metecos. El ocio vicario u ocio eclesiástico de que se ocupa en su obra Thorstein Veblen es discutible. Vivo en un barrio eclesiástico,

todo influido en repiques, desde los maitines hasta las vísperas. En ciertas horas de *titinambulis* concertado entre capuchinos, maristas y monjicas podría crearme transportado a la ciudad de don Ramiro, cuando los bronces la vuelven toda sonora.

Aquí hasta los frailes son extranjeros. Los capuchinos provienen de Pamplona; los maristas, de Lyon. Estos últimos constituyen sin parar una escuela de monumental. Es gente atareada y de aspecto atlético. Por ningún lado aparentan el ocio. Entre los capuchinos uno que otro de aventajada estatura y con barbas floridas bien podría montar en un caballo blanco y con boina roja parodiar a don Carlos de Borbón. Otros son de esos frailes de novela que se quitan el hábito y se juegan catorce partidas en un frontón rompiendo dos pares de alpargatas.

Entre los maristas hay franceses, españoles, ingleses y chinos. Me parece que el ocio para estos frailes sería un tormento chino. ¡Cuánto les comprendo! Si a mí me quitaran las caminatas, el fichero que compongo sin cesar, estas gacetillas de *La Nación* y algún otro entretenimiento más o menos útil me moriría de asco.

### Para que los chilenos trabajáramos

como es debido sería menester, en primer lugar, un cambio en la mentalidad común. Desde luego, fomentar el deseo de lucro. Aquí, en estos tiempos, la palabra lucrar, que fue el alma de América, se ha desacreditado. Se dice lucrar como se dice robar. Del que gana dinero se murmura. Faltan el estímulo, el respeto al escalafón, el reconocimiento del mérito y, en fin, el premio a la constancia y la ayuda a los mejores, no a los peores. En los países anglo-sajones, los premios en dinero coronan a todas las *performances*, aún a las guerreras. En la India, discípula de Inglaterra, el obtenimiento de las cruces de guerra, según sus grados, va acompañado de premios en dinero. Es natural, por cuanto si el dinero no hace la felicidad, en cambio, la ausencia de dinero nos hace desgraciados.

[Diario La Nación, Archivo Edwards Bello]

“El ocio es para la gente ociosa. ¿Mi ocio? Yo no tengo ocio... Ah, mi tiempo libre. Eso es otra cosa. Ir a un crucero, como hicimos con mi marido, y eso sí -de la manera como lo dices- puede ser ocio. Tienes un programa de unos siete días y vas en el barco, una maravilla. Puedes tomar sol, comer lo que quieras. Yo me llevé un libro también, pero tuve que hacer tantas actividades que no alcancé a leerlo” (Ejecutiva de cuentas del Banco Santiago)

## de selección

ROLAND BARTHES

FRAGMENTOS  
DE UN DISCURSO PEREZOSO

Cuando yo era niño, adolescente, París, era distinto. Era antes de la guerra. En verano hacía calor, más calor que ahora, al menos eso se cree, en todo caso yo lo creo. Entonces, muy a menudo se veía a las porteras parisinas -había muchas, era una institución-, a la noche, cuando hacía mucho calor, sacar las sillas a la puerta, en la calle, y sentarse sin hacer nada.

Es una visión de la pereza que se borró. No la encuentro más en la vida. En el París actual ya no hay tantos gestos de pereza. El café es sin embargo una pereza con relevos: están las conversaciones, el hecho de "parecer" también. No es verdadera pereza.

Es probable que ahora la pereza consista, no en no hacer nada, puesto que somos incapaces de ello, sino en cortar el tiempo lo más seguido que sea posible, diversificarlo. Es lo que hago en pequeña escala, cuando introduzco diversiones en mi trabajo. Corto el tiempo. Es una manera de hacerse perezoso. Sin embargo, aspiro a otra pereza.

Un poema zen, que me deslumbra siempre por su simplicidad, podría ser la definición poética de esa pereza con la que sueño:

*Sentado apaciblemente sin hacer nada  
la primavera llega  
y la hierba crece por sí misma.*

En un *Fragmento de un discurso amoroso*, intitulado "¿Qué hacer?", dije que en ciertos momentos el sujeto enamorado trata de acomodarse en esa tensión permanente que representa para él la pasión, un rincón de pereza. Efectivamente, el sujeto enamorado que me esforzaba por describir se plantea en todo instante problemas de conducta. ¿Debo hablarle por teléfono? ¿Debo ir a la cita? ¿No debo ir? Recordaba que el "¿Qué hacer?", es decir el tejido de deliberaciones y decisiones con el que tal vez está hecha nuestra vida, es semejante al karma budista, es decir al encadenamiento de causas que nos obligan sin cesar a actuar, a responder. Lo contrario del karma es el nirvana. Cuando uno sufre mucho de karma, se puede postular, fantasear una especie de nirvana. Entonces la pereza toma una dimensión de aniquilamiento.

La verdadera pereza sería en el fondo una pereza de 'no decidir', del 'estar allí'. Como el peor de la clase, que está en la parte de atrás y que no tiene otro atributo que el de estar allí. No participa, no está excluido, está allí, y punto, como un bulto.

De eso tenemos ganas a veces: estar allí, no decidir nada. Pienso que existe una enseñanza del Tao sobre la pereza, sobre el "no hacer nada", en el sentido de "no mover nada", no determinar nada.

Se podrían encontrar también ciertas tentaciones de la moral tolstoiana. En la medida en que podríamos preguntarnos si no se tiene derecho a ser perezosos ante

el mal. Tolstoi contestaba que sí, que eso es lo mejor, puesto que no hay que contestar a un mal con otro mal. No tengo que decirle que esta moral está ahora completamente desacreditada. Y así avanzáramos más lejos aún, la pereza podría aparecer como una alta solución filosófica para el mal. No contestar. Pero, una vez más, la sociedad actual soporta muy mal las actitudes neutras. La pereza le parece intolerable, como si en el fondo se tratara del mal principal. Lo terrible con la pereza es que puede ser la cosa más trivial, estereotipada la menos pensada del mundo, así como puede ser la mejor pensada (...)

Creo que para escribir no hay que ser perezoso, y esa es justamente una de las dificultades de escribir. Escribir es un goce, pero al mismo tiempo un goce difícil porque debe atravesar zonas de trabajo muy duras, con los riesgos que implica, deseos y amenazas de pereza, tentación de abandonar, fatigas, rebeliones. Hace una hora todavía estaba tomando notas sobre el diario íntimo de Tolstoi. Es un hombre que estaba obsesionado por las reglas de la vida, el cuadrículado de los horarios, el problema moral, de no ser perezoso. En todo instante anota sus transgresiones. Es una lucha incesante, una lucha verdaderamente diabólica. Y, efectivamente, si uno es fundamentalmente perezoso, o si uno ha decidido serlo, cosa que se concibe y se justifica muy bien, no se puede escribir. Lo que debemos decir es que hay, con todo, tantas perezas como oficios, y tal vez como clases sociales. Y si el domingo es el casillero institucional de la pereza, es evidente que el domingo de un profesor no es el mismo que el domingo de un obrero, de un burócrata o de un médico. Pero, fuera de ese problema sociológico, se plantea el problema histórico del papel del día semanal, sea el domingo, el sábado o el viernes, según las religiones... es decir el problema de la "pereza" ritualizada.

En las sociedades muy codificadas, como en la Inglaterra victoriana, por ejemplo, o en la colectividad judía actual, el día de reposo era y es un día marcado por ritos de interdicción de hacer. El rito viene al encuentro de ese deseo de "no hacer nada" o de "hacer nada". Pero, desdichadamente, parece que desde el momento en que las gentes están obligadas a someterse a ese rito de interdicción, sufren por el "hacer nada".

La pereza, porque viene del exterior, porque es impuesta, se convierte en un suplicio. Ese suplicio se llama el aburrimiento.

Schopenhauer dijo: "El aburrimiento tiene su representación social en el domingo".

Cuando yo era chico, el domingo era más bien un día aburrido. No sé muy bien por qué, pero pienso que muchas veces los niños lo conciben así. No hay escuela ese día, y la escuela, incluso si es ambigua para el niño, es un medio social y afectivo... bastante entretenido.

Ahora que ya no soy niño, el domingo se convirtió nuevamente en día festivo. Un día que suspende esa demanda social -correo, teléfono, citas- que es mi fatiga en la semana. Un día feliz, porque es un día en blanco, silencioso, en el que puedo ser perezoso, es decir, libre. Porque al fin y al cabo la forma votiva de la pereza moderna es finalmente la libertad.



Claudio Bertoni, 1998.

ROBERTO BRODSKY

# LOS PROTOCOLOS DE LA INFANCIA

De niño yo tenía dos formas de enfrentar el tedio, que es como se sabe el gran mito de la infancia, la edad donde el mundo adulto nos destina a ser felices. Una de estas formas acentuaba el aburrimiento y la otra lo mataba.

La primera era muy sencilla y consistía en colocar a dos tortugas de similar tamaño y edad frente a una hoja de lechuga y esperar pacientemente a que una de las dos alcanzara la meta, colocada a un metro y medio de distancia. El tiempo transcurría indoloro sobre la terraza donde yo realizaba estos experimentos, que por lo general llevaba a cabo con los calores del verano.

La segunda estrategia era, al contrario, muy compleja y consistía en crear unos protocolos de fútbol virtual que eran verdaderos campeonatos de ocio. La cosa funcionaba así: primero ideaba nombres de equipos que robaba de las páginas deportivas de los diarios, luego organizaba un torneo de todos contra todos y enseguida los hacía jugar por parejas utilizando resultados ficticios que yo inventaba a mi amañó y que hacía recaer a la suerte del lápiz. Dentro de ciertas reglas que había que cumplir, la arbitrariedad era absoluta, como si el fútbol fuera un reino prometido y yo su príncipe heredero. Copiaba los resultados uno a uno y luego, con fruición y disciplina, los formalizaba en una tabla de posiciones por equipo.

La actividad de copiado y actualización me consumía jornadas completas, acumulando a la larga una pérdida de tiempo y distracción alucinante. Supongo que es un poco lo que sucede hoy con el fútbol a nivel planetario: horas y horas viendo correr una pelota en los horarios y escenarios más diversos, con millo-

nes de ociosos televidentes respaldando la alianza industrial más potente del mundo de los negocios. Esa alianza releva por igual la importancia adquirida por el fútbol y la televisión, y es comprensible que muchos vean en ella la prueba de un empobrecimiento cultural, la decadencia de la actividad lúdica en beneficio de los rendimientos competitivos.

Pero la sentencia puede ser apresurada. De hecho la industria del fútbol florece porque es una actividad que organiza el tiempo muerto a la vez que hace del ocio un espacio delimitado de pasiones y deseos, con reglas que se deben cumplir en un estricto protocolo de 90 minutos, con quince de descanso pasados los primeros 45 de juego. Es un lapso fijo para ser felices o desdichados, para sentir orgullo de la victoria o extraer valor de la derrota, para ser héroes y villanos del mismo modo como la infancia es una edad para atesorar instantes e imágenes que un buen día volverán para curarnos del aprieto en que vivimos.

Pero así como nadie puede pretender que la literatura termine en la última página de un libro, tampoco el fútbol se cierra con el pitazo final de un partido. El opio del pueblo requiere de espacios donde fijar el comentario, de circuitos de conversación y réplica para la disidencia, de hombres que pongan precio y de otros que hablen del alma, de fanáticos enloquecidos y de austeros observadores con el bastón en la mano. Es difícil pedirle a otra actividad humana más de lo que el fútbol entrega en estos tiempos de cerrado individualismo. No sólo ocio generoso, sino también aburrimiento pródigo en estafadores, polemistas, revendedores, farsantes y acusadores de pelaje y condición variada, animando todos lo que otro modo sería una aburrida carrera de tortugas por alcanzar una mata de lechuga.

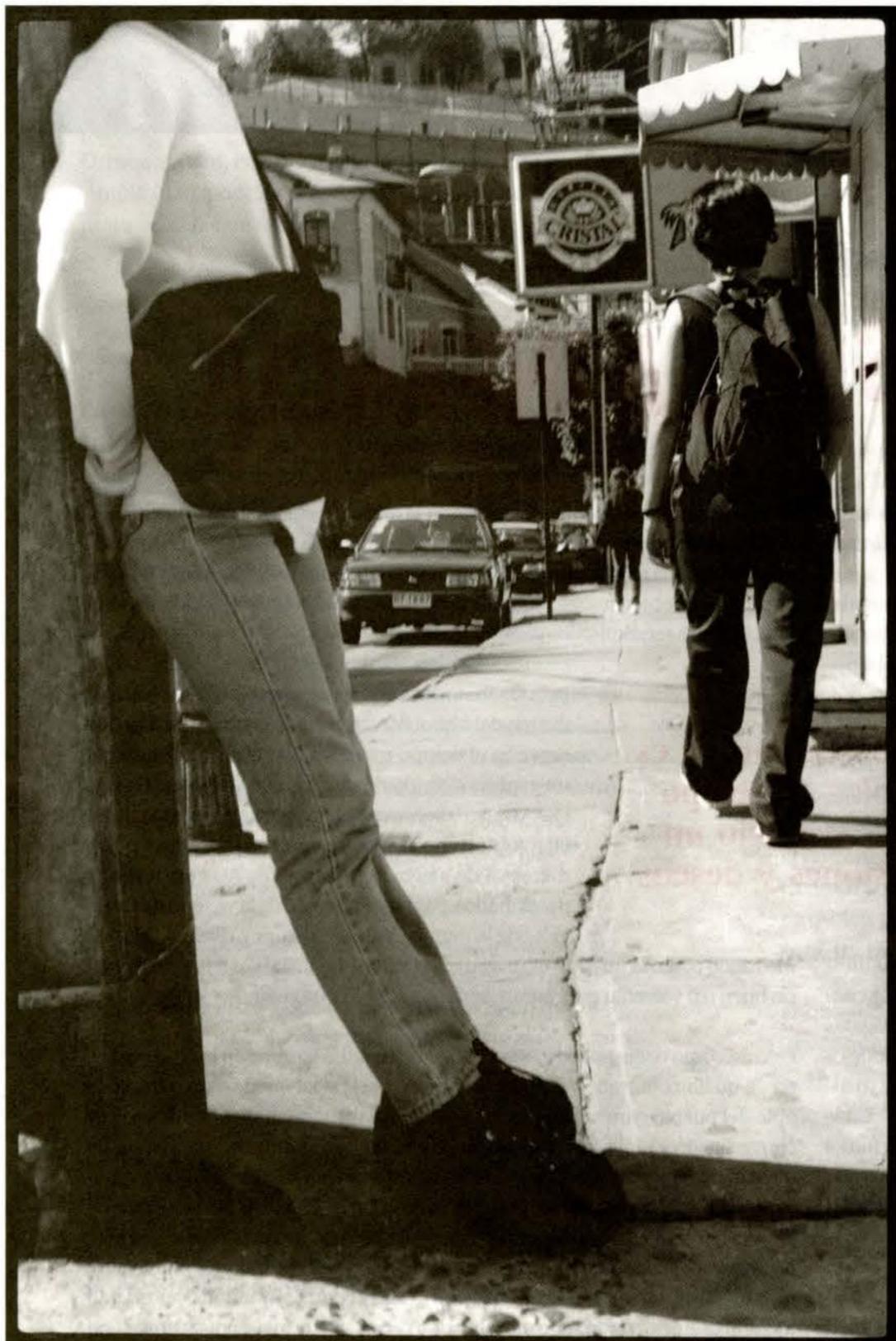
Roberto Brodsky es periodista y escritor.

“Ocio me sugiere bocio, como Olga me sugiere cholga, y así. Lo siento” (Andrea, periodista)

E. P. THOMPSON

**COSTUMBRES EN COMÚN**

Si conservamos una valoración puritana del tiempo, una valoración de mercancía, entonces (el ocio) se convertirá en un problema consistente en cómo hacer de él un tiempo útil o cómo explotarlo para las industrias de ocio. Pero si la idea de finalidad en el uso del tiempo se hace menos compulsiva, los hombres tendrán que reaprender de las artes de vivir perdidas con la revolución industrial.

[De *Costumbres en común*, 1995]

Claudio Bertoni, 1998.

LUCIO ANNEO SÉNECA

**CÓMO PERDER EL TIEMPO**

¿Es posible algo más estúpido que la sensibilidad de cierta gente, me refiero a la de los hombres que se jactan de previsores? Están ocupados, con excesivo interés, en poder vivir mejor, se procuran la vida a costa de la vida. Hacen proyectos a largo plazo; y hay que añadir que la mayor pérdida de vida es la dilación. Esta elimina los días a medida que se van presentando, te quita el presente mientras promete lo que está más allá. El mayor obstáculo para vivir es la espera; mientras estás pendiente del mañana pierdes el hoy. Dispones de lo que está en las tuyas. ¿Adónde te diriges? Todo lo que va a venir es inseguro. Vive el momento actual.

**La vida más corta y más angustiosa** es la de aquellos que se olvidan del pasado, se despreocupan del presente, temen por el futuro; cuando han llegado al final, perciben los pobres, con retraso, que han estado ocupados todo el tiempo en no hacer nada.

Ciertamente es triste la condición de toda la gente ocupada y, sin embargo, es mucho más triste la de aquellos que ni siquiera trabajan en sus ocupaciones, adaptan su sueño al de otros, andan al paso de otro, reciben órdenes para amar y odiar, las cosas más libres de todas. Si éstos quieren saber cuán breve es su vida, que piensen en qué medida es suya.

[De *Brevitate vitae*, año 60 d.C.]



Claudio Bertoni, 1998.

CHRISTIAN MATUS

# CARRETE JUVENIL Y TIEMPO OCIOSO

Desde nuestra cultura "adultocéntrica", el ocio es visto como sinónimo de flojera y pereza, de falta de actividad en oposición al tiempo de "lo productivo". Pero para las nuevas generaciones éste no será un tiempo perdido, ya que es en el plano del ocio donde los jóvenes pueden procesar y elaborar los problemas relacionados con sus condiciones de vida. Es en ese contexto que la experiencia del *carrete* adquiere sentido, como un espacio fundamental de su cotidianidad, que permite construir y crear significaciones en un ámbito donde las reglas las ponen ellos y no el mundo adulto.

**Pero el *carrete* es un modo de ser y comportarse en el tiempo** libre que tiene sus propios códigos. Si bien sus orígenes nos remiten a los tiempos de la dictadura, es en los 90 cuando se masifica y amplía como una de las formas de ocupación del tiempo libre más practicadas por los jóvenes en un contexto donde la diversión se ha industrializado y transita del ámbito privado al ámbito público.

No obstante la creación de una verdadera industria cultural del ocio juvenil, el *carrete* implica la apropiación real o simbólica de territorios, resignificar o construir espacios donde estos no existen para los jóvenes. Es por ello que para que el *carrete* acontezca no bastará con "comprar" y consumir la oferta de lugares de diversión juvenil propuesta por la sociedad adulta, sino que será necesario instalar y proponer nuevas reglas en relación a la ocupación de sus espacios cotidianos. En ese de-construir el orden cotidiano, el *carrete* retomará, en clave "urbana posmoderna", algunos de los atributos de la fiesta medieval, como son la ruptura de la norma, a través de la liberación del cuerpo y la sexualidad, la anulación de la autoridad, la puesta en cuestión de las prohibiciones y el exceso, a través del "reviente" y la "borrachera".

**Por otro lado, el *carrete* evocará una temporalidad distinta.** Si bien los espacios-territorios pueden ser "apropiados" de día (el *carrete* asociado a la salida del liceo, al colegio o al campus universitario), es en el tiempo de la noche donde la mayoría de los y las jóvenes desarrollan "ese modo de ser y comportarse en espacios propios". Es en la oscuridad nocturna donde se buscan experiencias intensas y no programadas, en donde el "mejor *carrete*" es siempre el que nace en forma gratuita, no esperada.

La ocupación de la noche se realizará vinculada al ámbito de la diversión en la ciudad, en espacios "de *carrete*" que como Bellavista, Plaza Nuñoa y Suecia (en Santiago) y subida Ecuador (en Valparaíso) concentrarán un gran número de *schoperías*, pubs y discotecas. Es en estos lugares que los jóvenes ponen en juego tanto la dinámica del recorrido como la experiencia del encuentro.

El pub aparecerá como un lugar de múltiples apropiaciones. Por un lado, espacio de reconocimiento, donde se deja a un lado el tránsito por la ciudad para conversar con

los/as pares y amigo/as. Por otro lado, podrá ser parte de un circuito o recorrido mayor dentro del *carrete* la necesaria estación de paso que marcará un "antes" o un "después" del ir a una discoteca o a una fiesta.

El sentido que se le dará a la disco dependerá también de la apuesta del grupo o del sujeto que se la apropia. Para algunos será significada como un lugar de reconocimiento e identificación en relación con un estilo particular de música. En ese caso se dará más importancia a la relación de identidad con la estética y la música que al conocer a "nuevos otros" (un ejemplo de esto lo encontramos en las denominadas discotecas de "música alternativa", como la Blondie o la Bal Le Duc, en Santiago, que se caracterizan por programar música de tendencias musicales de culto). Para la mayoría, primará su uso como espacio de seducción donde los "chicos" y "chicas" vendrán en grupos a encontrar y a conocer a otros. Es así como en cada "noche de disco", existirán ritos y momentos para mostrarse y acercarse, para reconocerse en el cancionero popular, y para "atinar" (en jerga juvenil, encuentro, relación erótica fugaz).

**Pero el sentido que los jóvenes le dan a su tiempo libre** no está ajeno a las diferencias sociales. A la experiencia del "*carrete* urbano" se contrapondrá la experiencia del "*carrete* marginal". Retomando rasgos de la cultura popular, éste se vive en las calles y en las esquinas, siendo su centro tanto las plazas de las villas y de los barrios como los parques de la ciudad (como el Forestal). En ese espacio ganado y tomado por los jóvenes, rapeando o guitarreando se llevará la música a la calle, "haciendo unas monedas" se compartirá un vino o un *pito*, para "vacilar" con los amigos. A diferencia del *carrete* asociado a los sectores medios y altos, éste será un "*carrete* cotidiano", que se construye fuera de la cultura del "evento" y del recorrido, predominando los códigos de la grupalidad por sobre los de la individualidad y los de la territorialidad por sobre la temporalidad nocturna.

Pese a su diversidad y a los estigmas y tensiones que lo atraviesan, entre ellos el de ser un rentable "neg-ocio", el *carrete* sigue siendo uno de los espacios más valorados y queridos por los jóvenes.

No todos accederán a los mismos espacios, habrá muchos miedos y discriminaciones entre los mismos jóvenes y las apuestas para disfrutar de la "fiesta" no serán las mismas. Sin embargo, hay un hilo invisible que conecta las diversas experiencias y formas de vivir el *carrete*, reafirmar y ejercer, a pesar de las limitaciones económicas y restricciones culturales, su derecho a tener un espacio y tiempo propios como sujetos jóvenes (y no sólo como consumidores).

Christian Matus es antropólogo social; ha realizado diversas investigaciones sobre el *carrete* juvenil.

"Ocio me imagino tedio, pasividad, flojera, tranquilidad, preámbulo. Es la opción por el aburrimiento"  
(Paula, estudiante de quinto año de Periodismo)

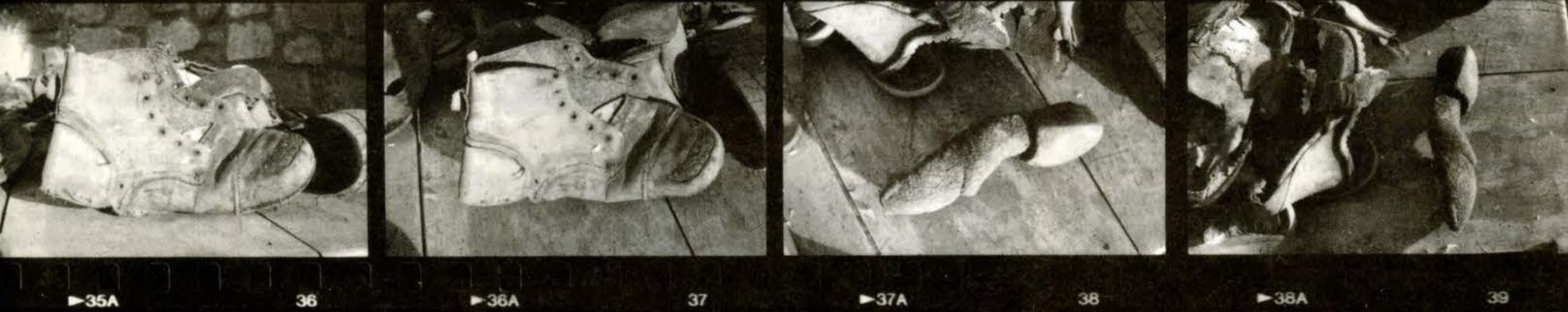
PABLO AZÓCAR

# ZAPATOS EN EL TECHO

**M**is hermanos están sinceramente convencidos de que nunca he trabajado. En una cosa coincido con ellos: jamás he contribuido con un solo centavo al Producto Nacional Bruto. Qué hacer, mi aporte al crecimiento de la nación es igual a cero. Ni el más mínimo programa de ajuste me considera en sus estadísticas. Ni siquiera abulto las cifras de cesantía. Hace muchos años que no recojo un talonario de

A estas alturas comienzo a convencerme de que mi padre estaba en lo cierto cuando, exasperado, me decía: "No vas a llegar a ninguna parte". Yo lo miraba con atención, y procuraba complacerlo, aunque lo cierto es que nunca pude comprender cuál era esa *parte* a la que había que llegar, o hacia qué lado quedaba, o cuánto costaba el pasaje. Más adelante me pasaría quince años viajando de un país a otro,

descubría mirando el techo. *Ya está el ocioso*, decía, o lo pensaba, o yo creía que él lo pensaba. De todos mis vicios, acaso éste sea el que he practicado con mayor lealtad a lo largo del tiempo: mirar el techo. Seguir el movimiento del ventilador, contemplar la gota de pintura que quedó galvanizada sobre la ventana, ver monstruos y volantines y barcos vikingos en vez de manchas de humedad. Mi cama suele llenarse de



Claudio Bertoni, 2002.

sueldo. Y esto me excluye de plano de cualquier tipo de crédito. No existo. A mi domicilio ni siquiera llegan las promociones de las agencias de viajes. Ni los buitres de Falabella han reparado en mí. Lo más que un banco se resigna a darme es una *cuenta vista*, que es como el favor que te hacen de guardarte el dinero debajo del colchón. La compañía de teléfonos no me autoriza a hacer llamados al extranjero. No estoy afiliado a ninguna isapre, no aparezco en Dicom, no me cubre un seguro, no milito en un partido político ni circulo por alguna área de influencia. No sé viajar por internet, no salgo en la guía telefónica, ninguna iglesia aspira a redimirme y no estoy en el directorio de TVN ni de *El Mercurio* ni de *Rocinante*. Soy invisible. Alguna vez tuve un amigo en el gobierno, pero hoy casi todos mis amigos son unos atorrantes y les tocan a las damas o a los damos el trasero.

**Me hubiese gustado poder responderle a mi padre. Contarle, por ejemplo, que prácticamente todas las cosas que me gustaban entonces, y me siguen gustando hoy, son cosas inútiles**

ciego, empecinado, pero jamás supe el nombre de esa Ítaca a la que había que llegar.

Me hubiese gustado poder responderle a mi padre. Hablar con él. Contarle, por ejemplo, que prácticamente todas las cosas que me gustaban entonces, y me siguen gustando hoy, son cosas inútiles. Eso: *inútiles*. Ningún balance las consignaría, ningún contador podría censarlas, en primer lugar porque no tendrían casillero. A veces a mi padre le venía la mala idea de irrumpir sin aviso en mi pieza; naturalmente, me

revistas, tachas inciertas, hojas de diario, encendedores extraviados y libros a medio terminar. En un ángulo del techo cuelga una pelusa cuyos movimientos me conozco de memoria y cuya sombra, su dirección, me sirve para saber la hora. En la otra punta del techo hay cuatro huellas de zapato. No se crea, jamás he transitado por allí: no son más que detritus de agónicas guerras de insomne contra algún zancudo. Rondar durante horas alrededor de la cama, acechante, cual vigía, apagando y encendiendo las luces, armado de una enciclopedia o una bota, analizando estrategias, elucubrando ataques sorpresa, son actividades que pueden socavar el temple del más avezado. Estas cosas, créanmelo, cuestan trabajo. Mucho trabajo. Aunque mis hermanos digan y repitan lo contrario.

Pablo Azócar es periodista y escritor.



Claudio Bertoni, 1988.

### Zoológico humano en Bélgica

Un nuevo zoológico humano, presentado en Namur, Bélgica (cuyo antecedente se remonta a París en 1881 y que fue consignado en **Patrimonio Cultural** N° 23; ver foto) dejó atónitos a miembros de organizaciones africanas y de derechos humanos, quienes acusaron a *Oasis Nature* (entidad responsable de esta peculiar muestra) de promover "manifestaciones de racismo neocolonialista".

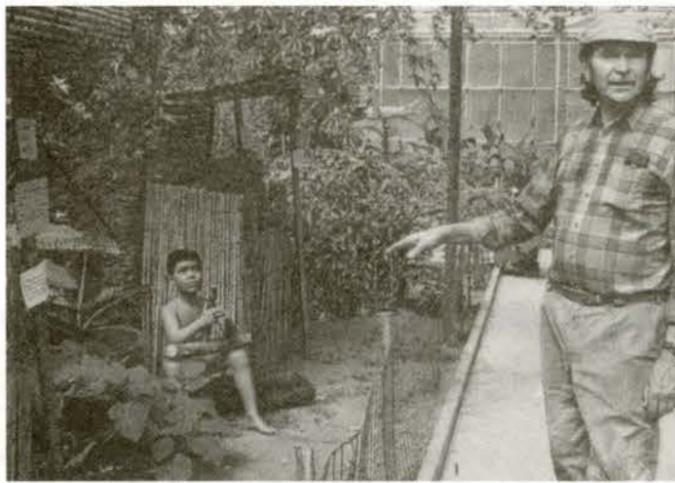
Esta exposición, idéntica a las de fines del siglo XIX, consistió en exponer a un grupo de ocho pigmeos (traídos especialmente desde Camerún) en escenas cotidianas, de la misma manera que como se ve en las fotografías de los yámanas en el zoo de París -claro que 121 años atrás- publicadas por nuestra revista en la primavera del año 2001.

Pero las cosas han cambiado. La muestra de la tribu Baka de Camerún fue un bochorno y debió ser suspendida por el boicot del público ante lo impresentable de iniciativas como ésta. La Embajada de Camerún en Bélgica se encargó de la repatriación de los últimos exponentes de la etnia de los pigmeos, que vieron en esta actividad una forma de recibir algún tipo de ingresos.

### Seminario taller de conservación

El Centro Nacional de Conservación y Restauración de la DIBAM, junto a la Biblioteca del Congreso Nacional, realizaron a fines de octubre el II Seminario Taller *Hacia la normalización de la información básica del patrimonio cultural inmueble*.

Su objetivo general fue avanzar en el proceso de normalización y estandarización de la información básica relativa a éste. Colaboraron en su realización el Centro de Información de Recursos Naturales; el Centro Nacional de Información y Documentación de Conicyt; el Consejo de Monumentos Nacionales; el Departamento de Educación y Cultura de Conadi; el Departamento de Patrimonio Silvestre de Conaf; el Centro de Documentación de Bienes Patrimoniales y el Museo Nacional de Historia Natural de la DIBAM; la División de Catastro, la Secretaría Técnica del Sistema Nacional de Información Territorial (SNIT) y la Unidad de Patrimonio y Espacio Público del Ministerio de Bienes Nacionales; la Unidad de Estudios y Análisis de la División de Cultura del Ministerio de Educación; la Dirección de Arquitectura y la Secretaría Ejecutiva de Medio Ambiente y Territorio del Ministerio de Obras Públicas; el Departamento de Planificación de Sernatur y la Sociedad Chilena de Arqueología.



Namur, Bélgica, 2002.



París, Francia, 1881.

### Comunicadores chilenos en el exterior

El primer **Encuentro de Comunicadores Chilenos que viven en el Exterior** se realizó entre el 10 y el 12 de julio en el Hotel Carrera. El evento fue organizado por la Dirección de las Comunidades de Chilenos en el Exterior (Dicoex), del Ministerio de Relaciones Exteriores, y el portal CasaChile.cl. La Biblioteca Nacional fue patrocinadora del encuentro.

Periodistas y profesionales nativos que trabajan en medios de comunicación en una treintena de países se reunieron para dar a conocer sus experiencias, para debatir y también para establecer una red de encuentro.

La promesa de construir una **Biblioteca del Reencuentro** que reúna la producción intelectual de la comunidad de chilenos en el exterior es el desafío que se subrayó en esta reunión. Se trata de una colección de obras sobre Chile o de autores chilenos, publicadas en el extranjero en diferentes períodos históricos. En definitiva, se quiere reunir la memoria de nuestro país, dispersa en el extranjero.

La Biblioteca Nacional, depositaria de la memoria impresa chilena y responsable de la actualización permanente de la bibliografía nacional, será, entonces, la institución encargada del acopio de todas estas obras.

Cualquier persona u organización que pueda hacer donaciones o aportar información puede colaborar en esta Biblioteca del Reencuentro. Una de las maneras más eficientes de contactarse con este proyecto es a través del correo electrónico: [breencuentro@bndechile.cl](mailto:breencuentro@bndechile.cl).

Asimismo la Biblioteca Nacional, en conjunto con la Dicoex, enviará un formulario a quienes deseen participar en el programa.

Selección de artículos de  
**LE MONDE**  
*diplomatique*

**El poder del Opus Dei**

Y otros artículos sobre religión publicados en *Le Monde Diplomatique*.  
Incluye: LA LEGIÓN DE CRISTO y ¿GUERRA DE RELIGIONES?

**3ª edición**  
**16.000 ejemplares**

EDITORIAL AUN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

Libros de  
**LE MONDE**  
*diplomatique*  
**\$2.500**

Una publicación de  
**LE MONDE**  
*diplomatique*

Luis Sepúlveda  
**LA LOCURA DE PINOCHET**  
20 artículos escritos para la prensa mundial

EDITORIAL AUN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

En venta en quioscos, librerías y en las oficinas de **LE MONDE Diplomatique**.  
Huérfanos 1022 of.1208 - Tel: 671 42 90 - Santiago - Chile

# BREVÍSIMA ESTACIÓN

**Valdivia celebró sus 450 años** y una de las actividades para conmemorarlo fue una exposición fotográfica -en la Sala Azul de la Biblioteca Nacional- de diversos fotógrafos que en un siglo y medio retrataron los cambios de esta importante urbe fluvial.

La mayoría de las fotos pertenecen al Museo Mauricio van de Maele, el Archivo Fotográfico Ellynor Fehrenberg y a la Municipalidad de Valdivia.

Las fotografías fueron tomadas por Enrique Valck, Rodolfo Knittel, Hans Fehrenberg y Erico Volkmann, además de fotógrafos anónimos que con igual talento retrataron el devenir de la ciudad, incluido el feroz terremoto de 1960.

En julio se firmó un convenio entre la Biblioteca Nacional y [www.elmostrador.cl](http://www.elmostrador.cl). Por primera vez en Chile un diario electrónico hizo efectivo el depósito legal -que incluye textos, fotografías, audio y videos- contribuyendo así al rescate, preservación, puesta en valor y difusión de la memoria vernácula.

La firma del convenio, por parte de la directora de la DIBAM y el presidente de [elmostrador.cl](http://www.elmostrador.cl), se efectuó en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional.

**Con agua de cielo.** Un viaje diferente por la historia de la pintura es la puerta de entrada a la exposición fotográfica de Jorge Aceituno que se exhibió en la sala Joaquín Edwards Bello del Centro Cultural Estación Mapocho. Es un proyecto multidisciplinario de integración artística del Centro Aquelarre que comenzó a gestarse en 1992.

La exposición tuvo como antecedente un trabajo de taller realizado por la escritora Paulina Valente y otros creadores con jóvenes con síndrome de Down.

Fue convocado el **Cuarto Premio CAB Somos Patrimonio** (*Experiencias en apropiación social del patrimonio cultural y natural para el desarrollo comunitario*). El Convenio Andrés Bello (CAB) -iniciativa de integración cultural de los gobiernos de once países la-

tinoamericanos- financiará, en su cuarto año consecutivo, proyectos de creación y rescate patrimonial. Pueden postular organismos públicos y sociales. Fecha tope de entrega de postulaciones: 13 de diciembre de 2002.

El 5 de septiembre se inauguró, en el Salón Fundadores de la Biblioteca Nacional, el tercer festival de arte y cultura penitenciaria **Arte Libre**. *Arte libre* es el fruto de un trabajo constante, programado y conjunto entre instituciones del Estado y artistas, cuyos actores principales son los reclusos que participan en los diversos talleres que se realizan en los recintos penitenciarios. La ministra de Educación, Mariana Aylwin, y el ministro de Justicia, José Antonio Gómez, inauguraron la exposición, que hasta octubre se pudo visitar en la Biblioteca Nacional.

¿Entra la radio a la sala de clases? ¿Cómo se relacionan? ¿Dónde se encuentran? ¿Se sacan partido? Para celebrar los 80 años de la radio en Chile la Fundación Futuro realizó el seminario **Ciudad, radio y educación**, que contó con la presencia de Sergio Parra, director de radio Cooperativa; Patricio Bermedo, director del Instituto de Estudios Mediales de la Universidad Católica; y Enrique Evans, conductor del programa radial "Gente de mundo".

**Faros del Estrecho de Magallanes** (*Un patrimonio histórico y arquitectónico*) es un notable libro del Premio Nacional de Historia Mateo Martinic y el arquitecto magallánico Julio Fernández. Esta obra -que ya cuenta con dos ediciones- tuvo el aporte del Fondart. En una hermosa y cuidada edición, sus autores procuran contribuir a la preservación de este patrimonio único de nuestro Estrecho de fin de mundo.

La Universidad Andrés Bello, la Biblioteca Nacional y el diario *La Tercera* organizaron una muestra de **1000 portadas de Topaze**. Esta destacada revista de humor político chileno -nacida bajo la pluma de Jorge Délano (Coke) y en la que participaron notables dibujantes y periodistas- se mantuvo vigente du-

rante cuatro décadas y se convirtió en un reflejo del acontecer político de nuestro país. Todo ello se puede ver en sus portadas. ¿Dónde? En el Gran Salón Colonial del Campus casona de Las Condes.

En el marco del proyecto **Red de Bibliotecas Públicas para el Nuevo Milenio**, se comenzó la instalación de 1.725 computadores a lo largo de todo Chile, proceso que irá acompañado con la capacitación de bibliotecarios y público en general.

Desde principios de octubre, 368 bibliotecas públicas cuentan con equipamiento computacional, conectados a internet y con servicios a la comunidad. En noviembre se dará por inaugurada la iniciativa llevada a cabo por la DIBAM y auspiciada por la Fundación Bill & Melinda Gates.

Dentro de la serie de tertulias organizadas en la futura Biblioteca de Santiago la participación del poeta y sacerdote nicaragüense **Ernesto Cardenal** merece ser consignada: se trató del primer recital poético de la DIBAM. El destacado vate latinoamericano sostuvo una conversación con Cristián Warnken y, tras ello, con los asistentes.

Este recital fue organizado por la DIBAM en conjunto con Tobacco & Friends.

*Memorias del futuro* fue el nombre del **IV Seminario de Patrimonio Cultural** que se realizó los días 17 y 18 de octubre en la Sala América de la Biblioteca Nacional, organizado por la Oficina de Relaciones Públicas de la DIBAM. Bajo la modalidad de mesas redondas, este encuentro tuvo como objetivo pesquisar el cómo a través de múltiples expresiones y soportes se rescata, recrea y comunica el patrimonio cultural.

En suma, lo que se buscó en este seminario es reflexionar sobre el carácter vivo del patrimonio. Los invitados, provenientes de distintas disciplinas, se agruparon en mesas de discusión en torno a un punto central que anudó la conversación. Dentro de ellos estuvieron Boris Quercia, Cristián Leighton, Joe Vasconcellos, David Benavente, Horacio Salinas, María Angélica Illanes, Pelagia Rodríguez y Patricio Castro, entre otros.

# REVISTA MENSAJE

51 años

[www.mensaje.cl](http://www.mensaje.cl)

Una mirada cristiana y moderna

libre

como la mostaza es libre  
como las emisoras radiales son libres  
como Irarrázaval es libre  
como el aire es libre  
como las corbatas son libres  
como las camisas de manga corta son libres  
como el pavimento es libre

## CLAUDIO BERTONI POEMAS

No  
aspiro  
a nada:

¡ni al humo  
de un cigarrillo!

---

No hacer nada  
es una inmoralidad.

Toser  
ya es algo.

---

Vivir  
no es gratis

a veces  
hay que pestañear.

¡a veces  
hay que incluso  
carraspear!

---

Un  
retiro espiritual  
es fácil.

Un retiro corporal  
difícil.

---

¡Ah,  
cómo desearía  
vivir comiendo arena  
bajo el cielo azul  
y nada más!

---

El sabio  
no corre riesgos,  
los camina.

---

12/II/99

cuando entré  
en este boliche  
tenía una cerveza  
y 2 cigarrillos por delante

¡ahora no tengo nada!

---

Huevear  
un rato  
no cuesta nada.

Lo difícil  
es huevear  
toda la vida.